



XI CONCURSO NACIONAL®
DE NOVELA Y CUENTO

Cultura



Diego Mauricio Cortés Zabala, nacido en Bogotá en 1964, comunicador social de la Universidad Los Libertadores, finalista del Concurso de Ensayo Ministerio de Cultura, 2003, con el libro *La ciudad visible una Bogotá imaginada: (Un texto sobre Bogotá vista a través del cine de Cabrera, Aljure, Trompetero y Echeverri)*. Además ha publicado artículos de cine en el diario *El Nuevo Siglo*, en la revista *Kinetoscopio* y el cuento *Brille para él la luz perpetua* en la revista *Número*.



Tiro libre

Diego Mauricio Cortés Zabala
Ganador cuento

Tiro libre

Tiro libre

Diego Mauricio Cortés Zabala

Ganador categoría cuento

XI Concurso Nacional de Novela y Cuento

Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia

© Diego Mauricio Cortés Zabala
© Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia
ISBN: 978-958-99131-9-2

Cortés Zabala, Diego Mauricio
Tiro Libre / Diego Mauricio Cortés Zabala
1 ed. Medellín: Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, 2013.
116 p.; 21 cm

Primer puesto categoría Cuento
XI Concurso Nacional de Novela y Cuento
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia

Primera edición: noviembre de 2013

Coordinación editorial: Dirección de Comunicaciones
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia
Diseño y Diagramación: Taller de Edición S.A.
Impresión y terminación: Multimpresos S.A.S
Fotografía contraportada: José Luis Sánchez N.

1. CUENTO COLOMBIANO. Título.

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito,
sin la autorización escrita de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.

Índice

- 13** El gol del último abrazo
- 21** La proclama
- 29** Seki
- 37** Los amores pajosos
- 45** Pinche fútbol marihuano
- 55** El “Chueco” Duarte
- 65** Tiro libre
- 77** Las horas con la Flaca
- 89** Manifiesto enviado por Internet
- 95** 1978
- 107** El Reverendo

A mis hermanos.

*Para René Orlando Houseman, por sus ojos desorbitados
que abrieron el camino de la imaginación y la memoria.*



El gol
del último
abrazo

—SIEMPRE PASA LO MISMO CON COLOMBIA, LE ESCUCHÉ DECIR, desde su habitación.

Alemania acababa de anotar un gol a los ochenta y ocho minutos del partido y sacaba a la Selección del Mundial de Fútbol de Italia 1990. Lo que había podido ser una hazaña, empatarles a los alemanes, terminaba siendo el fracaso nacional de siempre.

Hacía mucho tiempo que apenas cruzaba con mi padre las palabras necesarias por el hecho de ser su hijo y de vivir en la misma casa. Mi adolescencia rabiosa y prepotente nos había separado para siempre. Todo lo que él decía en los almuerzos familiares me parecía anacrónico y enmohecido de nostalgia. Todo lo que yo hacía le parecía destinado al fracaso o la locura. Yo no quería aceptar que sus profecías le estaban ganando a mis ínfulas. Ya no era el niño que escuchaba con asombro todas sus historias sobre lo duro que le había tocado cuando se vino a vivir a Bogotá. Yo ya no iba a ser el músico que él siempre quiso que fuera. Éramos dos reflejos rotos, la proyección viva de nuestra mutua insatisfacción. Pero al menos él sabía quererme. Yo no sabía querer, sino solo seguir mis instintos.

Desde niño el fútbol nos había separado. Él siempre quiso que fuera pianista, pero yo quería ser el nueve de algún equipo profesional. Odiaba el fútbol precisamente por eso, porque me alejaba de

la música, que era lo que él quería. Siempre que yo empezaba a hablar de partidos y jugadores, él hubiera querido no haber nacido o no haberme hecho nacer. Perdimos los dos, o yo por partida doble, porque no fui nunca ni lo uno ni lo otro. Es más, en esos días había aplazado la universidad y no quería ir a buscar trabajo en medio de un mundial de fútbol.

No le dije que yo también pensaba lo mismo. Debí gritarle de alcoba a alcoba que tanto esfuerzo para nada. Tener controlados a los alemanes, los reyes de la estrategia, del vigor atlético y la cabeza fría, para que al final nada, Voeller les ganara un balón imposible a los defensas y lo abriera a la izquierda, para que entrara Littbarski, solo, y se la pusiera en el ángulo a derecho de Higueta, allí donde no podía llegar, allí donde no llegaba nunca.

Juegan como nunca y pierden como siempre, estaría pensando mi padre en su habitación, solo, frente al televisor, con una herida minúscula en la planta del pie, una herida que no se cerraba y por la que iba entrando sigilosa y letal, como los alemanes, la enfermedad del fin.

Era lo mismo que yo pensaba en la otra habitación, pero nunca se lo dije. Solo faltaban dos minutos para terminar el partido, más lo que el árbitro adicionara; cinco minutos para recomponer la historia, para demostrar que después de treinta años de ver mundiales por televisión, los colombianos eran capaces de ganar una gran batalla en la guerra del deporte global. Seguramente ahora se les nublaba la mente y las piernas les empezarían a temblar.

En la primera jugada que tuvieron para empatar, un tiro libre al borde del área, la “Gambeta” Estrada estrelló la pelota en la acorazada muralla alemana y se me vino a la mente la imagen de los tanques nazis de las películas, avanzando invencibles por las calles de Varsovia.

Mi padre seguía en silencio, tendido en su cama, con la planta del pie descubierta a la espera de una cita con otro médico que lanzaría una nueva hipótesis: es un virus y aquí tiene estos antibióticos para que le detengan la infección. Después de dos o tres semanas la metástasis contradecía el dictamen del médico y él seguía tendido, eternamente condenado a ver televisión. Lo que fuera. Hasta un mundial de fútbol. Era su forma de decirle a la fortuna o a Dios o a la medicina, que ya sabía lo que no le querían decir, que se les estaba adelantando, vaciando su vida, dándose por vencido, esperando la muerte frente a la pantalla, convertido en un zombi del dolor.

Desde que empezó su odisea por laboratorios clínicos y consultorios de especialistas y cubículos de rayos X y salones de terapias y salas de cirugía, se negó para siempre el placer de escuchar música, apagó todos los radios a la redonda. No volvió a tocar sus elepés. Eso era como negarse a ver o renunciar a la naturaleza. A pesar de toda la distancia que cada día nos separaba, todavía recordaba las mañanas de los domingos de mi infancia. Mi padre nos despertaba con un aria de Verdi cantada por Enrico Caruso en un disco de la RCA Víctor. Ahora se la pasaba tendido frente al televisor viendo todos los partidos de ese mundial lleno de sorpresas; olvidando que nunca había soportado el ir y venir de once pelotudos detrás de un balón, ni la estridencia con que los locutores colombianos narraban ese ajeteo inútil, ni la soberbia con que algunos periodistas lo comentaban, como si se tratara de una batalla que cambiaría el rumbo de la nación entera, con una extraña mezcla de retórica y dramatismo. Eran capaces de poner con los nervios de punta a una nación entera durante 90 minutos. Lo que más odiaba de mi fanatismo por el fútbol era que me esclavizaba a un radio o a un televisor. A la ramplonería y las exageraciones de los locutores.

Incluso, después de que los partidos terminaban.

Freddy Rincón quedó en fuera de lugar y en medio de su desesperación le pegó a la pelota con tanto desgano que no había duda, estábamos vencidos, nos sentíamos derrotados, este país era una mentira, todo lo que teníamos, lo que decían que nos unía, una lengua, una raza, una panza, no era nada al pie de lo que unía a esos alemanes; haber pasado por siglos de guerras, de músicos, de filósofos, de reformadores, pero también de sinrazones y el Holocausto: salían a la cancha a demostrar que Hitler no era el único dueño de su voluntad histórica, frente a esa selección suramericana, vestida con un uniforme rojo de equipo de barriada, un equipo que no encontraba la fuerza para reponerse, porque no tenía tras de sí, en su pequeña y estúpida historia, sino solo desastres naturales y la eterna guerra fratricida y las matanzas y los presidentes bandidos.

Mi padre sí que lo sabía, porque se había pasado la vida leyendo las historias de los presidentes que se enriquecían durante los años de gobierno, y las otras historias, las de los campos de concentración, las del Holocausto, el desembarco de Rommel, el triunfo de los aliados y el juicio de Nüremberg. Los herederos de todas esas infamias y glorias nos estaban sacando del mundial.

Mi padre, solo, en su habitación, esperando nuevos veredictos de los laboratorios clínicos. Pesimista por convicción y porque había sido testigo de todos los fracasos deportivos y políticos de este país.

Voeller se llevó la pelota a la izquierda del campo colombiano, pero quiso hacer la de los brasileños, gambetearse a dos defensas. Leonel Álvarez se le paró al frente con su pinta de mosquetero antioqueño y le robó el balón. Inexplicablemente, los alemanes habían dejado un inmenso boquete en el centro de la cancha, del tamaño de un país entero, de Polonia o Checoslovaquia. Leonel le pasó

muy rápido el balón a Fajardo, quien solo tenía una misión en ese momento, entregársela a Valderrama. Un reloj digital ubicado en el ángulo superior derecho de la pantalla marcaba cuarenta y siete minutos. Mi padre debería de estar pensando que el árbitro iba a pitar la terminación del partido.

–Se acordaron de jugar a última hora, se estaría diciendo para sí mismo, con el pie al aire, con el pie que no le dolía, pero que era una incógnita desesperante.

Valderrama recibió de espaldas, pero pareció perder el control del balón, que se le fue a un metro de su botín. Con la serena habilidad de un pescador que se levanta a tirar sus redes al amanecer, en la bahía de Taganga, lo volvió a controlar, dio un giro completo y dejó atrás a dos alemanes; sobre la marcha y sin pensarlo, se la envió a Rincón, quien corría por la derecha. Rincón se la tocó de una a Fajardo. “Ahora van a empezar a jugar con pases cortos”, me dio por pensar. Colombia se había especializado en eso, en pasarse el balón de un mediocampista a otro, sin buscar a sus veloces delanteros, sin profundidad. Los alemanes veían pasar la pelota sin poder capturarla. Los colombianos se les escurrían de la marca como Chaplin a los policías de las comedias mudas. Fajardo se la devolvió al “Pibe”. De su larga melena bajó la idea clara, para el pase preciso. Rincón quedó solo, perfilado. Entró al área.

¿Qué estaría pensando mi padre en ese momento? Que Freddy Rincón iba a lanzar el balón a la tribuna. Yo pensé que iba a sacar un pase al centro del área, para nadie, porque Colombia ya no tenía delanteros en el campo. Bodo Ilgner cometió el error de arrojársele con las piernas abiertas.

No sentí cuando mi padre se levantó de la cama, puso la planta de su pie enfermo en el piso y le pidió a Dios que así fuera. No lo vi

cuando abrió las manos, porque por primera vez un jugador colombiano había hecho lo que tenía que hacer en la vida, meterle el balón por entre las piernas a Bodo Ilgner. Cuando Rincón salió corriendo a celebrar el gol de la clasificación a la segunda ronda del mundial, escuché a mi padre cantarlo, por primera vez en su vida, con la poca fuerza que le quedaba en los pulmones, con la voz atravesada por la incertidumbre de los exámenes médicos. Nos encontramos en la mitad del camino, en el pasillo. Nos abrazamos como fanáticos, sin pensar, sin darnos cuenta. Era la primera y última vez.





La proclama

LA CAMIONETA SE DETUVO EN LA ESQUINA, A MEDIA CUADRA DE la emisora. Eran las siete de la noche en punto y como lo habían previsto en las reuniones del comando de los últimos días, las calles parecían desoladas porque todo el mundo estaba pendiente de la final de la Copa Libertadores. Pusieron la radio. El partido acababa de comenzar.

–Adentro hay unos seis periodistas y el celador –les recordó el comandante, que durante una semana se había estado haciendo pasar por vendedor de seguros de vida.

Eran solo cinco, pero Efrén debía quedarse dentro del carro, esperándolos. La idea era no disparar ni un tiro. Tan solo suspender la transmisión del partido y pasar un comunicado que tenían grabado en un casete y pintar la emisora con consignas del movimiento.

–Esperemos a que vayan por lo menos veinte minutos del partido, con eso tenemos a nuestro favor el factor sorpresa.

Era su segundo golpe. El primero había sido casi protocolario, entrar en un concierto en la universidad, encapuchados, lanzar una arenga y dejar cientos de panfletos volando en el aire. Esta vez estarían al descubierto, deberían poner en práctica lo poco que sabían de estrategia militar y tener una suerte la verraca para que nadie llamara a la policía y se armara un tiroteo descontrolado.

—Tranquilos que todos están reunidos en el segundo piso. El único en el primero es el celador y a ese lo dominamos entre dos. La acción no debe durar más de quince o veinte minutos. Recuerden: debe ser durante el partido, para que todo el país lo sepa. En el descanso no nos va a escuchar nadie.

El locutor que transmitía el partido desde Buenos Aires, apenas se escuchaba en medio de los atronadores cánticos de la hinchada de Boca. “Esta gente no para de saltar y cantar, los jugadores del Cali están como paralizados, es que jugar en la Bombonera no es cualquier cosa. Los fanáticos prácticamente respiran en la nuca del arquero Pedro Antonio Zape, están a menos de un metro de la cancha. Esto es un infierno. No sabemos cuánto va a aguantar el Cali. En cualquier momento se viene el primer gol. Boca es una avalancha incontenible. Ataca por todos los lados. Y los jugadores del Cali parecen de gelatina, les tiembla hasta el pelo”.

La emisora quedaba en una de esas viejas casonas del barrio Palermo, en una calle oscura, rodeada de casas de familia y de oficinas. Era una de las tres más importantes del país y además de eso la más popular, la escuchaban los obreros, los estudiantes, la gente del pueblo a la que le querían llegar.

La acción se podía considerar como su primer gran golpe nacional. Ahora sí todo el país iba a saber quiénes eran ellos. No un grupo guerrillero cualquiera, como los que hablaban de revoluciones inalcanzables, sino de cosas concretas; de bajar el costo de vida, subir los salarios y hacer valer los derechos de los trabajadores, porque ya estaba demostrado que el Gobierno no entendía a las buenas, sino a las malas, y ellos se iban a encargar de que entendiera, con bombas y plomo, si era necesario.

Antes de los veinte minutos sucedió algo imprevisto para la estrategia miliciana, pero previsible para el fútbol. Boca anotó el primer

gol y el locutor parecía desconsolado. Después de cantarlo lánguidamente empezó a lamentarse por la suerte del equipo colombiano. “Lo venía diciendo, esto no iba a demorar. Boca era una tromba. Valverde perdió la pelota en la mitad, se la robó Benítez, este la abrió para Mastrángelo, nadie lo marcó, señoras y señores, dio dos pasos y centró a media altura para que Perotti se le adelantara a toda la defensa y apenas la tocara para vencer a Pedro Zape; esto es increíble, los jugadores del Cali parecen atornillados al campo. Boca uno, Cali cero. Boca es el campeón de la Copa Libertadores”.

—Cambio de planes, muchachos, tenemos que entrar ahora, porque este partido va para goleada.

Se pusieron los pasamontañas, alistaron las pistolas y las granadas.

—Recuerden: somos el Movimiento de Acción Obrera, vamos a defender con las armas los derechos de todos los trabajadores. Que se cuiden los patronos que pisotean la dignidad de los trabajadores. Abajo la dictadura turbayista, que al amparo de estado de sitio tortura a los miembros de las organizaciones sindicales. ¡Adelante!

Efrén los vio irse, sigilosos, como ladrones en medio de la oscuridad. Desde donde estaba no podía ver la casa, así que no tenía otra forma de seguir la operación que escuchar la transmisión del partido. Boca seguía atacando. Cali se salvaba del segundo. Los colombianos no pasaban de la mitad de la cancha.

Cuando creyó estar seguro de que sus compañeros habían podido ingresar a la emisora, sonó una explosión. No era como la de una bomba. Seguramente tuvieron que detonar una de las granadas. Su primera reacción fue agacharse y taparse los oídos. El miedo lo hizo imaginar una escena en donde la cuadra se llenaba de humo y de una ventisca de vidrios que volaban hacia todas partes. La explosión había sido tan dura que se llevó la puerta de la emisora, seguro.

Ahora sí la operación se jodió. No demoran en llegar los tombos.

Agazapado, con el culillo más grande de su vida, se vio rodeado en un segundo por las sirenas de las ambulancias y por un policía que le apuntaba a la cabeza. Él sabía que si lo capturaban lo torturarían hasta hacerle confesar quiénes eran los miembros del movimiento. Y no sabía si estaba preparado para resistir. Esa era su prueba de fuego como guerrillero, cumplir con el decimoprimer mandamiento: no delatarás a tus compañeros.

El estallido le seguía zumbando en la cabeza. Era un eco producido por la psicosis, porque otra vez había vuelto todo a la calma y al silencio. La misma calle solitaria y el país paralizado por la final de la copa entre Boca Juniors y Cali. Ningún tiroteo, ni ruido de una patrulla cayéndoles encima.

Pensó parquear la camioneta frente a la emisora, pero recordó que el éxito de una operación, por más obstáculos que se le atravesaran, estaba en que cada uno cumpliera con su misión, y la de él era esperarlos a la vuelta, hasta que todo hubiera concluido. Su deber revolucionario, por ahora, era estar alerta y seguir escuchando el partido.

Veinticinco minutos del primer tiempo, anunció el locutor, Cali sigue perdiendo uno a cero con Boca, y no se le escuchó más. La emisora salió del aire. Efrén, sin poder diferenciar la emoción, el orgullo o el miedo, escuchó la voz del comandante lanzando su arenga a todo el país: “Urgente, Colombia. Atención. Los graves problemas que aquejan a la clase trabajadora nos han obligado a empuñar las armas contra el verdugo de Colombia y su clase obrera: el gobierno de Turbay Ayala y Camacho Leyva, el gobierno del estatuto de seguridad, las torturas y los salarios de hambre”.

Lo demás se lo sabía de memoria, como sabía de memoria que una vez se terminara la arenga y reanudaran la transmisión del

partido, debía encender la camioneta y esperar a que sus compañeros regresaran.

Tampoco le sorprendió que la voz del narrador del partido volviera como si no hubiera pasado nada, sin que los periodistas del noticiero lanzaran un boletín informativo: “En vivo y en directo desde el estadio de la Bombonera, llevando hasta ustedes la primera vez que un equipo colombiano llega a una final de la Copa Libertadores de América, lamentablemente por ahora la ilusión de la gloria se nos esfuma, pero le queda un tiempo al Deportivo Cali para cambiar nuestra historia”.

Su primera misión se había cumplido con éxito. Ahora todo el país sabía quiénes eran ellos y de qué eran capaces. El fútbol, considerado el opio del pueblo en las reuniones clandestinas del movimiento, había cedido espacio a su proclama revolucionaria.

Les metimos un gol, pensó Efrén, cuando vio salir a sus compañeros, igual de sigilosos que al comienzo de la operación, pero afanados, mirando hacia todas partes con las pistolas en alto. Encendió la camioneta y cambió de emisora.





Seki

NO ESTÁBAMOS HACIENDO NADA, TAN SOLO PENSANDO QUÉ hacíamos, si nos íbamos para el centro a dar vueltas por la calle de las putas enrejadas, si cogíamos para el teatro San Remo a ver un doble de Bruce Lee y *Las colegialas pecan*, con Gloria Guida. Parecía que nadie iba a definir nada, que nadie iba a convencer al otro de hacer algo, que nos íbamos a quedar para siempre al borde de la cancha de fútbol del barrio, sin coger para ningún lado, cuando llegó Martín y nos soltó la noticia. Seki. Nadie lo creía. ¿Seguro? Preguntábamos, uno tras otro. Seguro, respondió Martín, acabo de escuchar a sus hermanas.

De todos lo esperábamos, menos de Seki. No lo veíamos desde hacía como dos años, cuando se fue de su casa y del barrio. Al comienzo lo extrañamos, pero después nos acostumbramos a no preguntar más por él, porque cada semana salían con un cuento diferente. La vida de Seki siempre había sido así. Una leyenda. Un ser de otro planeta. Un pelado que no estaba hecho de nuestra misma materia. Apenas lo vimos por primera vez, imaginamos que nunca iba a jugar al fútbol. Que se iba a pasar la vida mirándonos desde la puerta de su casa o al borde de la cancha, con la tristeza eterna del que quiere y no puede, por más que se esfuerce y lo intente. Por lo menos no iba a hacer parte de nuestro equipo. Ni siquiera como arquero. Su brazo derecho terminaba en un muñón puntudo que a

nadie le gustaba ver. Usaba anteojos de marcos gruesos, de nerdo. Era melenudo y flaco, parecía siempre desnutrido, enfermo.

Esa primera imagen de Seki nos duró menos de una semana. Al sábado siguiente, apenas vio que estábamos jugando, nos pidió, de una, que lo metiéramos en algún equipo. Todos nos miramos como diciendo, quién se va a ganar a este mocho. Listo, que juegue, pero no respondemos si le pasa algo. Tenía una melena larga y lacia. Llevaba puesta una camiseta vieja y desteñida, de la Selección Argentina, dos tallas más grandes que él, unas bermudas de yin y unos tenis Croydon, sin cordones. Se dio cuenta de que nadie lo quería. Ustedes frescos, les dijo a los de su equipo, que ya se daban por perdidos, la manga derecha de la camiseta de Argentina, campeona en 1978, escondía el muñón de su brazo derecho. La mitad de la manga parecía un trapo agitado por el viento.

Un buen futbolista se conoce por la forma en que para un balón. Seki vio venir un globito, calculó con su pierna zurda, y dejó el balón durmiendo en la punta del tenis. A partir de ese momento el balón fue suyo. Apenas nos lo prestaba para que no nos aburriéramos o para que hiciéramos los goles que él no quería hacer. Nadie podía quitárselo, porque lo cubría con el cuerpo y utilizaba el muñón para mantener a distancia al que venía a encimarlo. Cuando arrancaba a correr, no había cómo pararlo, lo llevaba pegado al pie izquierdo y mientras corría lo iba moviendo para eludir defensas, como si su pie fuera un palo de *jockey* sobre hielo. Si le quedaba una pelota flotando en la media luna del área, los defensas se tapaban la cara y el arquero se agachaba, porque el taponazo podía dejarlo a uno dormido en la yerba.

A los ocho días Seki ya era nuestro diez, el que armaba todas las jugadas, el que cogía el balón en la mitad de la cancha, nos organizaba

a todos, nos iba llevando hacia el área contraria y con un pase, un toque, un globito, nos dejaba listos para anotar.

Le pusimos Seki porque se parecía a Dragoslav Sekularak, el yugoslavo que había jugado en el Estrella Roja de Belgrado y en Millonarios de Colombia. Le decían el “Pelé blanco”. Cuando Seki cumplió quince años se fue a probar a los clubes de Bogotá, pero lo rechazaron porque su brazo terminaba en un muñón puntudo. Su sueño no era ser uno de los tres futbolistas mochos de la historia. Jugar bien era apenas uno de los tantos dones que Dios le había dado.

Los viejos siempre se alarman por todo. No pueden ver a alguien que piense, actúe o se vista diferente, porque allí ven el pecado, el abismo, el peligro para sus hijos. Así fue cuando Seki empezó a transformarse. En cuerpo y alma. Nos decían, miren como está de raro ese muchacho, no habla con nadie, no saluda a nadie, se la pasa metiendo vicio y leyendo. Para nosotros eso era normal. No hablábamos con nadie, no saludábamos a nadie. No nos importaba sino juntarnos a jugar al fútbol. Claro que Seki se estaba pasando de enranche. Uno se volvía fanático de cualquier cosa, del *rock*, de la paja, de Herman Hesse, de los viajes interplanetarios, de los cómics. Seki se volvió fanático de un dios que solo él concebía y entendía. En la cancha seguía siendo el mismo. Solo había cambiado antes de los partidos. Nos reunía en un círculo, nos pedía que nos cogiéramos de las manos y cerráramos los ojos. Con su voz de profeta marihuano nos recordaba que éramos hijos de Dios, creador de todo lo divino y lo humano, que se hizo hombre para redimir nuestros pecados y salvarnos del infierno, que predicó la palabra y por eso fue perseguido por los romanos y vilipendiado por los judíos, que se sacrificó por nosotros, fue crucificado y resucitó al tercer día, para convertirse en el Espíritu Santo. Dios estaba presente en nuestros cuerpos,

amparándonos, iluminándonos; si creíamos en Él, nos guiaría hacia la victoria, hacia el arco contrario, porque el gol era un mensaje divino, la comprobación de su omnipotencia, porque en el fútbol no existían la suerte ni el azar, solo la fe en Dios, que nos aseguraría los triunfos. Teníamos que demostrarle a Dios que éramos de verdad sus hijos.

Todos gritábamos como Seki, abrazados en ese círculo divino y nos separábamos para ir a cumplir la sagrada voluntad divina, la voluntad del triunfo. Como estaba escrito en alguna parte. De eso se trataba la fe y a nosotros nos sobraba.

Si fallábamos era porque la fe no había sido lo suficientemente fuerte para que el Señor se pusiera de nuestro lado en el momento del disparo definitivo y por eso el balón había terminado en las manos del portero o muy lejos del arco contrario. Le estábamos fallando a Dios, el Creador y a Seki.

Un domingo, mientras el padre García Herreros repetía sin cambios el sermón, Seki tuvo una revelación *rockera*. Se había trabado antes de entrar a misa. Estaba tan llevado que no escuchaba la voz del cura en los altoparlantes de la iglesia. Solo miraba la luz roja del atardecer que caía desde los vitrales de la iglesia sobre el rostro de una adolescente pálida y delgada como él, con el cabello largo, lacio y castaño. Esa luz dorada era el mensaje que estaba esperando y ese rostro, la revelación. La revelación del Dios Verdadero. No el Dios de García Herreros. Dios le enviaba el mensaje, hecho solo de luz, contenía el llamado y la orden para que predicara a su manera la Palabra. Él era bendecido por el martirio de haber nacido con medio brazo, por ser discriminado con la lástima de sus semejantes. En ese momento supo que debía gritarle eso al mundo. Ese sentimiento, esa pasión, esa fuerza de la juventud que latía en cada una de sus palpitaciones. Tomó de la mano a esa pelada pálida y los dos

comenzaron a cantar como locos, a saltar por encima de los escaños, con una banda sonora que solo ellos escuchaban:

–Alabaré, alabaré, alabaré a mi Señor. Todos unidos, alegres cantamos, glorias y alabanzas al Señor. Alabaré, alabaré, alabaré a mi Señor. Alabaré, alabaré, alabaré a mi Señor.

Otros jóvenes se le unieron saltando y cantando, como locos en un aquelarre. Como lo habían visto en *Jesucristo Superstar*. Para ellos Jesucristo era un musical, no un sermón. García Herreros se puso histérico y los sacó corriendo entre insultos de excomunión. Los feligreses miraban con asombro y luego con horror o temor. La alegría de esos jóvenes tenía algo de violento, de desafiante. Seki con los ojos desencajados, con la boca botando una espumilla tibia por las comisuras de los labios, y su medio brazo girando como una veleta imparabile.

Seki cada día más trabado, más profeta, más delirante. Nosotros crecimos y dejamos de creer en su fútbol fanático. Estábamos pensando en otras cosas, en viejas empelotas o en las muchachas del servicio que manoseábamos todas las noches, pero a las que no nos habíamos podido comer. No es que hubiéramos dejado de creer en Dios, solo que por la cabeza nos pasaban otras cosas.

No volvimos a entrenar con Seki y menos a jugar campeonatos. Nos cansaba con sus largos entrenamientos que siempre terminaban en sermones y relatos de revelaciones divinas.

No se despidió de nadie, ni de sus hermanas, ni de su novia pálida, ni de sus pocos apóstoles marihuanos. Salió de madrugada sin que lo viéramos. Se llevó un morral con dos bluyines, unas camisetitas, la Biblia y nada más.

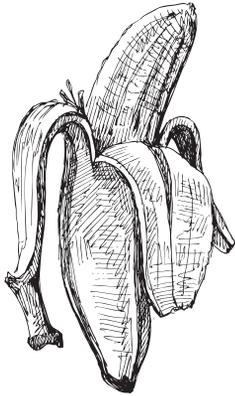
No lo veíamos desde hacía como dos años. No volvimos a saber nada de él. Solo cuentos. Que se había ido a vivir a una comuna de

hippies en el río La Miel, que estaba mendigando en Santa Marta, que se había metido a un convento en La Ceja. Hasta que llegó Martín con la noticia. Y todos nos preguntamos. ¿Seguro que fue Seki? Seguro. Era fácil reconocerlo.

No podía imaginarme a Seki parado en lo alto de una piedra mirando ese río amarillento al que muchas veces habíamos ido a nadar, en vacaciones o los fines de semana. No podía imaginarlo saltando al vacío. ¿Dónde estaba Dios en ese momento? ¿Se había ido para siempre de su mente? Ya no había revelación, ni magia, ni mística, ni salvación.

Nos quedamos quietos y callados, mirando el piso, como cuando en un estadio se guarda un minuto de silencio. Y después, sin despedirnos, cada cual para su casa.





Los amores
pajosos

CUANDO IBA HACIA EL ARCO, LAS PIERNAS ME EMPEZARON A temblar, el arquero estaba de rodillas, listo para que lo crucificara y por primera vez en la vida no sabía qué hacer con un balón en la punta del guayo izquierdo. Hasta entonces el campo de fútbol era uno de los pocos lugares donde no me temblaba nada, ni siquiera la voz. Martín me lanzó una pelota al vacío y yo corrí como un desesperado hasta alcanzarla; el arquero se me vino de frente, era tan fácil meterle el balón entre las piernas, con un toque suave del borde interno de la pierna izquierda, pero en ese último momento, en el que el delantero ya debe tener definido adonde pegarle, me dio por estrellarle el balón en el pecho y ganarme la montadera de todos; se lo comió, me gritaban emputados, y Anamaría sonreía desde la terraza, con una camiseta esqueleto blanca y unos pantaloncitos calientes que le dejaban ver sus largas piernas morenas.

–No me importa que botes todos los goles que sean, lo que quiero es que vengas a jugar conmigo –me decía, o decía su voz, o una voz que yo me imaginaba era la de ella.

¿Será que de tanto hacerme la paja por Anamaría se me está torciendo la puntería? A Anamaría no le importa que yo esté botando todos los goles que me ponen. Cuando me quedo solo en esa punta, después de cada disparo o cabezazo fracasado, me dice que no

importa, que las piernas no se hicieron únicamente para el fútbol; me lo dice con esa voz que solo escucho yo, porque solo fue creada para mí; esa voz que me dice que deje ya de jugar tanto, que su mamá no está en la casa, que nos metamos ya en el jacuzzi que mandaron construir en el baño. Si me cambio de punta es igual, hasta allá llega esa voz, suave, tierna, como si saliera de todo su cuerpo recién bañado.

Esa voz me persigue todo el tiempo. Después del partido la sigo escuchando y no hay de otra que encerrarse en el cuarto de los chécheres; hasta allí llega esa voz, clarita, como un susurro. Pienso en ella, en la cara que nos hace cuando pasa patinando, en la forma en que se mete la mano entre la pantaloneta para que le veamos como empiezan sus nalgas; me la comienzo a hacer bien rico pensando en sus labios, en lo que se debe sentir al besarlos, al meterle la lengua por entre los dientes, en lo redondas y rosadas que son sus tetas, y cuando ya estoy listo para venirme, cuando siento el líquido aguachento y caliente empezando a subir, escucho su voz, que me dice cómeme, así, sí, ya, duro, vente. El cuerpo se calienta, la vista se nubla, como si tuviera fiebre, espasmos, convulsiones.

El hermano Miguel, que nos dicta educación religiosa, dice que la masturbación, además de ser pecado es mala para la salud, produce pelos en las palmas de las manos, tembladera en las piernas, sensación de agotamiento y es la causa de la locura precoz. La conclusión es que el Señor castiga a los pajuelos. Nadie le hace caso, por supuesto, sobre todo porque cada vez que lo saludamos nos damos cuenta de que tiene las palmas de las manos callosas y velludas.

De todas formas, algo producen en mi mente sus sermones, porque cada vez que termino de hacérmela, me siento como un pecador o un psicópata, y me da asco la humedad viscosa y pegajosa que

rueda por mis muslos. Lo último que quisiera es que entre alguien y me vea con los calzoncillos en las rodillas. Cuando el susto se me pasa, me voy durmiendo lentamente, pensando en que cada vez que me la hago estoy entrando en contacto espiritual con Anamaría; que ella, acostada en su cama, escucha el llamado de mi pajazo y se une telepáticamente a mi placer.

El entrenador dice lo mismo que el hermano Miguel, que masturbarse es un pecado y que además al día siguiente uno no corre, no domina bien el balón, ni está concentrado en el partido. Creo que tienen razón porque ya no pienso solo en fútbol, ahora todo el día ando englobado, como si volara por las nubes con el fantasma cachondo de Anamaría por todas partes, diciéndome guarradas. Ya hasta me da miedo ir por el balón. Me escondo entre los defensas, no corro, no me dan ganas de encarar por la punta izquierda. No quiero quedar solo frente al arquero.

Héctor dice que hacerse la paja o comerse viejas es más rico que meter goles.

—La solución es que se la coma, porque si no, por culpa suya, vamos a perder el campeonato. Ya es hora de que le hable, que le dedique un gol, que la invite a cine, que cuando la película ya esté rodando le bese las mejillas y detrás de las orejas, que le coja las tetas y le meta la mano entre las piernas y si la tiene húmeda y gime, ya todo está listo y hecho. Si quiere vamos a esa casa, timbramos, ella sale, yo le empiezo a hablar y usted se va tomando confianza.

No sé cuántas Anamarías hay, pero yo me las encuentro a todas. Está la Anamaría que aparece en la terraza y se ríe cada vez que boto un gol. Está la Anamaría que solo es voz que me susurra al oído. Está la Anamaría que se me aparece desnuda cuando me estoy haciendo la paja. Y está la Anamaría que me encuentro en la tienda. Cuando

entro es como si no me hubiera visto. Ella se acaba de bañar. Huele a perfume y el cabello todavía está mojado y brillante. Está vestida con una camiseta blanca y un yin ajustado. Me ve entrar y no sonrío. Pide un paquete de salchichas Ranchera, una libra de chocolate y huevos para el desayuno. Estamos solos en la tienda mientras la señora Trinidad busca en la nevera las salchichas. Según Héctor, yo ya debería estar diciéndole cosas, invitándola a cine o al menos a darle una vuelta a la cuadra. Pero en ese momento descubro que no voy a tener voz, que yo no soy voz para ella, que ya nada le voy a decir, que solo le voy a mirar su piel lisa, como recién hecha, las teticas debajo de la camiseta, sus largas piernas, todo ese cuerpo que parece haber sido creado para mí, para calmar esta enfermedad, esta pensadera, este pecado; porque en esa piel y en ese olor mañanero están la salvación de mis días, de mis partidos sin anotar un gol, de mi felicidad dentro y fuera de la cancha, de mis noches imaginando guarradas, porquerías, morbosidades. No soy voz. No le hablo. Le iba a decir tantas cosas y no le digo nada. Preparé tantas palabras, tantos comienzos de frases y cuando ya estaba por decir, por hablar, por calmar esta tortura de sueños y pajazos, la miré de frente y creí que con mirarla le decía cuánto la necesitaba. Ella paga y sale corriendo sin mirarme, como si no existiera. ¿Será que soy un aparecido, un muerto viviente, el niño invisible de los cuentos o de las películas? Doña Trinidad me baja de la nube. A ver niño, qué va a llevar, me dice, para recordarme que estoy en el mundo de los mandados, de la paja y los goles errados.

¿Cuántas Anamarías existen? En la noche me encuentro con una de esas Anamarías. Nos damos unos besos largos, mojados y pegajosos; nuestros cuerpos se abrazaban y dan botes por una cama eterna, por fin siento su carne caliente y las puntas de sus senos,

pero cuando se la voy a meter ya me he venido. El mismo sueño diez veces, hasta el amanecer, para mi agotamiento y humillación.

A la hora del siguiente partido ruego para que una de esas Anamarías no se aparezca en la terraza. Todo parece comenzar bien. La casa está sola. La terraza vacía. Juego como antes, corro, le pego al arco, cabeceo. Busco de todas las formas el gol, hasta que me hacen un penalti. Es la mejor forma de volver a ser el mismo, de volver a vencer a un arquero, de consagrarme como goleador. Cojo el balón, lo coloco en el punto penal y me impulso. Cuando estoy listo para patear, siento una voz que me dice: aquí estoy, ya nada te va a pasar, esta noche vamos a ser felices, te espero después de las doce, voy a dejar las puertas abiertas, mi mamá no está. Pienso que es solo la voz. Que no es Anamaría completa, sino solo su voz. Pero volteó a mirar hacia su terraza y la veo. Me levanta la mano, me sonrío y se toca algo entre las piernas. Luego me manda un beso. Pégueme a ver, me dicen todos, los de mi equipo y los del otro. Me paro frente al arquero, la tembladera vuelve a aparecer. Miro al arquero y se me parece al hermano Miguel, grande y obeso, tapando todo el arco, sentenciando que no lo voy a vencer, que no le voy a meter ese gol salvador, porque soy un pecador, un maldito goleador pajuelo. Se ríe como el mismísimo Satanás. Doy dos pasos hacia el balón y las piernas no me responden. Saco fuerzas de donde no tengo, me rebelo contra esa imagen del hermano Miguel atravesado en el arco, colorado y más pajuelo que yo. Le quiero tumbar esa cara de monje loco de un taponazo. No le hago caso al técnico, que siempre me ha dicho que antes de empezar el trote hacia el balón uno tiene que definir el ángulo al que le va a pegar. Voy como un ciego, le pego duro y el balón sale disparado hacia la terraza de la casa de Anamaría. Ella se ha ido o nunca ha estado allí, en realidad. No hay

ninguna de las tantas Anamarías que se me aparecen. Ni siquiera la Anamaría que es solo voz. Algo se rompe allá arriba. Una ventana. Todos salimos corriendo.





Pinche fútbol
marihuano

ERA FLACA, DE PELO NEGRO. NO HABLABA NI BAILABA CON NADIE
—dijo Germancho—.

Lo dijo, después de haberle pegado el primer plon al encorvado bareto que empezó a quemarse y a levantar su penetrante olor en esa esquina de la cancha donde acababan de jugar un partido, el eterno partido de las mañanas de los domingos, que solo terminaba cuando el equipo de los colinos se derrumbaba, después de dos o tres horas jugando, de ganarle a todo el que se les atravesara, de correr como locos, patear al arco como desesperados, marcar a los rivales como gladiadores, pero cuando el aire y la traba se les acababa, ni modo. Uno a uno van quedando tirados en el potrero que rodea la cancha de microfútbol. Arman el bareto de la resurrección y se lo fuman, conteniendo un ataque de risa epiléptica. Cuando están bien trabados les da por la habladera. Y esa dura más que cualquier partido. Siempre se habla de tropeles, de galladas que se encuentran en la esquina y se dan en la jeta, de manes duros que se enfrentan a todo un combo saliendo de una rumba. En eso, al que nadie le gana es a Germancho. Siempre cuenta los tropeles más bravos, pero deja a más de uno con la duda: nos está metiendo los dedos a la boca o es verdad que el más pequeñito de la cuadra puede contra toda una partida de camajanes. No importa. Nadie las cuenta

como él. Es un contador de cuentos y su actor, al mismo tiempo.

–Era flaca, de pelo negro, rodeada de misterio... Aguanta la aspirada de la marihuana, la sostiene con un gesto que le hace enrojecer la cara y bota el humo, todo el humo denso y mareador que lo sacude con una tos entrecortada. Solo hasta que se retuerce de tos, de escalofrío, pasa el tembloroso porro.

–Algo le debió ver, güevón... –dijo Raúl.

Antes de coger el bareto con el pulgar y el índice. De metérselo dentro de la boca, para pegarle una aspirada profunda y larga.

–Algo le debió de ver para que usted, que les tiene miedo a las viejas, que no les habla, que nunca ha tenido alguna, se le hubiera acercado.

–Sería la traba, qué más podría ser. El pelo negro ni le dejaba ver la cara. Yo me imaginaba todas las caras posibles. Ese de pronto era el misterio.

–Esas hembras son irreales –dijo Diego.

Apenas estaba entrando al combo de los colinos de la cuadra. Cuando el bareto llegaba a sus manos, todavía se le caía o apagaba, y alguien tenía que ayudarlo, pegarlo con babas y volverlo a prender. Le enseñaron a fumar con una pipa de barro, pero el paso al cigarrillo le quedaba grande.

–Esas hembras son apariciones. Viven en un limbo, ya están muertas, tuvieron una muerte trágica. Son suicidas precoces o novias asesinadas por traición, terminó diciendo.

Dejó de hablar mientras aspiraba hondo, como si quisiera meterse toda la *cannabis* del mundo de un solo plonazo y salir volando a ese limbo, a ese valle de las mujeres encantadas, pero muertas. Con la mirada perdida en el cielo, gris, lleno de fantasmas y aparecidas volvió a hablar:

–Hay noches de luna en que al sonido de un buen *rock and roll* vuelven a tomar forma humana y aparecen en cualquier esquina, en alguna de las tantas rumbas que celebramos los humanos en honor de nuestros dioses paganos.

Todos soltaron la risa babosa y lenta de pinches marihuanos asfixiados, tartamudos, asmáticos.

–¿En qué barrio era esa rumba? –le preguntó Ómar.

Ómar, que cada vez estaba más llevado, que ya había pasado un mes en Prometeo, un centro de rehabilitación para adictos, porque además de yerba ya estaba experimentando con drogas químicas y sintéticas, fármacos pesados, por algo le decían el farmaceuta; ya hasta se le había olvidado jugar al fútbol, ahora solo arrastraba la pelota, daba vueltas como loco y pateaba para cualquier lado.

–Por el norte, por los lados de Niza. Donde no me conocía nadie.

Germancho le quería hacer creer a todo el mundo que era un tropelero solitario, un pandillero suelto que le daba en la jeta a todo el mundo, que debía vidas o golpes en los otros barrios. Nadie sabía si era cierto, si era cuento, si ese enano no era más que un mitómano y un paranoico a la vez.

–Nadie estuvo en esa rumba. Esa rumba no existió, es mentira, como todo lo que cuentas, que te cogiste a pata con unos *skin*, que reventaste a unos *punketos*...

–Qué importa si es verdad o es mentira –se le atravesó Mauro.

Era el último de la fila de espera del bareto, el que tenía que matar la patica que quemaba las yemas de los dedos.

–Lo que importa es que nos transporta, nos lleva a la escena, recordada o inventada. Eso es suficiente con esta traba.

Tosió como si se hubiera atorado, al borde de la asfixia.

–Lo primero que hice cuando la vi y supe que me gustaba y que

debía verle esa noche toda la cara y al menos bailar con ella una de esas insípidas baladas *rockandrolleras*...

Las palabras se le iban, se evaporaban en el aire y Germancho se lanzaba a buscarlas, como si estuvieran flotando sobre la cancha, las perseguía dando vueltas por el área chica, allí donde pisaba la bola, dejaba a sus marcadores regados en el campo como jugadores de palo de un fútbolín, porque parecía que el fútbol no era para él la dimensión desconocida cuando estaba trabado, sino el verdadero clímax.

–Lo primero que hice –repetió, después de volver a sentarse al borde de la cancha– fue empezar a buscarle tropel a todo el mundo en esa fiesta, para que me viera, para que supiera que yo era el chacho de la película, el que sabía todas las paradas de Bruce Lee y Chuck Norris, pero nadie me paraba bolas, nadie quería tropel esa noche.

Y se reía, Germancho se reía, no una, sino varias, muchas veces, y ya nadie le veía los ojos a nadie, no veían nada, dentro de la nube del humo del bareto penetrante. Y después de la risa, el silencio, de todos y de cada cual, transitando por el limbo de las mujeres trágicas, de las diosas atrapadas en la muerte precoz de la pubertad.

–Me le fui acercando lentamente, sin dejar de mirarla, como si una cámara siguiera mis pasos hacia la gloria. No les niego, era una escena patética y ridícula, en ese momento en que no hay música, en que todo el mundo está esperando a ver qué va a sonar.

–Me imagino que sonó algo como *Please Don't Go* o la insoportable *Angie* de los Rolling –dijo Diego,

Le tenía fobia sonora a las putas baladas nupciales en inglés. Lo dijo desde el más allá, desde lo más recóndito y efímero de la traba, en donde Germancho no era más que la imagen de un pitufo que temblaba, porque Germancho temblaba cada vez que se encontraba frente a una mujer que podría llegar a gustarle, como si le

estuviera empezando un ataque de epilepsia.

—Con los primeros acordes de una guitarra acústica ya se sabía que habían puesto *Hotel California*, esa canción que se presta para el besuqueo ridículo.

Parecía ya no hablar para nadie, solo para sí mismo, con una voz cada vez más lenta, enroscada, perezosa.

—Las luces se fueron apagando... *On a dark desert highway, cool wind in my hair, Warm smell of colitas, Rising up through the air, Up ahead in the distance, I saw a shimmering light, My head grew heavy and my sight grew dim, I had to stop for the night, There she stood in the doorway.* Solo dejaron un pequeño zepelín que daba vueltas, lanzando destellos azules y violetas. A medida que me le acercaba a esa hembra me daba cuenta de que estaba alumbrada por dentro, la veía como si me estuvieran mostrando su radiografía, su esqueleto translúcido, sus huesos eran mi guía, un faro que en esa noche oscura me abriría las puertas de la felicidad. La canción avanzaba con su letra dulzona y yo me acercaba muy lentamente, daba un paso y algún genio, el genio que maneja en el universo los hechizos o las fantasmagorías visuales, me alejaba de esa imagen, la imagen de la misteriosa mujer sin rostro... *I heard the mission bell And I was thinking to myself, This could be Heaven or this could be Hell.* Podría estar caminando hacia el cielo o al infierno, pero por ahora seguía atravesando la sala de esa casa llena de parejas inmóviles, congeladas en un eterno beso... *Then she lit up a candle and she showed me the way, There were voices down the corridor, I thought I heard them say.* Cuando por fin estuve frente a ella, sacudió su larga cabellera negra para dejarme ver por qué ocultaba el rostro... *Welcome to the Hotel California, Such a lovely place, Such a lovely face, Plenty of room at the Hotel California, Any time of year, you can find it here.* Tenía la mitad del rostro quemado, por eso se lo tapaba con el pelo y por eso mismo

nadie la quería sacar a bailar. Para mí, esa media cara chamuscada no era nada, era solo una imagen, una fantasmagoría que no me producía asco ni horror... *Mirrors on the ceiling, The pink champagne on ice, And she said 'We are all just prisoners here, of our own device', And in the master's chambers, They gathered for the feast, They stab it with their steely knives, But they just can't kill the beast.* Por eso seguí convencido de que mi misión era sacarla a bailar y darle un beso, por supuesto que en el lado de su cara que no estaba chamuscado. No iba a dejar que el destino se burlara de mí, la primera vez que me le acercaba a una vieja resultaba ser el fenómeno de la fiesta, la niña marginada por un accidente atroz que le estropeó la cara y esa cancioncilla resonando en medio de la oscuridad y de los besuqueos... *Some dance to remember, some dance to forget, Last thing I remember, I was, Running for the door, I had to find the passage back, To the place I was before, 'Relax,' said the night man, We are programmed to receive. You can checkout any time you like, but you can never leave!* No le dije nada, solo le estiré la mano y le mostré la pista, donde todos bailaban y se besuqueaban.

–No quiero –me dijo.

Y ese no quiero resonó en su cabeza, una voz hermosa y huérfana, que se propagó como un eco por entre sus pensamientos y la letra de la canción... *Welcome to the Hotel California Such a lovely place, Such a lovely face...*

–Sentí miedo de tener ganas de matarla.

Y ya no parecía estar contando el cuento, sino volviéndolo a vivir, porque se había parado de golpe y manoteaba al aire, con furia y precisión, como si le estuviera lanzando navajazos a un fantasma por la pendiente de un abismo, rocoso y sin fondo;

–Chucémosla, cómo así que se va a negar a bailar; chucémosla, pero con elegancia, para que nadie se dé cuenta... Me le acerqué

como si le fuera a rogar, creo que rocé la parte de su rostro que había sido achicharrada por un accidente casero y maldito, y lo que hice fue hundirle un pedazo de lata oxidado. No escuché su aullido de dolor. Nadie me vio, porque todo estaba a oscuras y todos bailaban con los ojos cerrados, esa maldita canción, maldita desde ahora y para siempre... *Welcome to the Hotel California, Such a lovely place, Such a lovely face, Welcome to the Hotel California, Such a lovely place, Such a lovely face.*





El “Chueco”
Duarte

EL “CHUECO” DUARTE ESTABA JUGANDO UNO DE LOS MEJORES partidos de su vida, pero eso no le importaba. El fútbol ya no tenía ningún significado para él. Ya no era nada la alegría colectiva de la victoria o satisfacer la vanidad mezquina de sentirse el jugador más habilidoso del campo. Nada que tuviera que ver con ir dejando rivales en el camino y sentenciar a un arquero le podía devolver la paz de su alma ni la claridad de su mente, sencilla y tropelera. Por la cancha pasaban otras razones; la secreta furia y el deseo de vindicación. Anotar un gol no le devolvería un pedazo de su dignidad, ni le recompondría su maltrecha condición de malevo de barrio. El único acto posible en ese momento de su vida o del partido era dejar en claro quién era de verdad el más valiente, pero también el más ruin y artero.

Había “bailado” todo la tarde a la “Tapia” Molina. Cuando no lo dejaba atrás en velocidad, lo apartaba del camino con un amague. Solo tenía que hacer una señal con la mano para que uno de los volantes supiera cómo quería la pelota, si al pie o al vacío. Había puesto los dos goles con los que su equipo, el Deportivo Los Cerezos, le iba ganando a Las Brisas, alcanzando la punta del campeonato a dos fechas del final.

El “Chueco” Duarte era un pequeño puntero derecho con cuerpo de *jockey*, de tórax endeble, pero de piernas fortalecidas por el

ascenso al cerro de Monserrate, todos los lunes a las cinco de la mañana. Por más que hacía muchos años que podía estar jugando con Millonarios o Santa Fe, se negó la gloria de ser estrella por diez años y prefirió vivir la zozobra cotidiana del asaltante.

En el partido de la primera ronda la “Tapia” Molina le había aplicado su fórmula personal: se quedó parado cuando Duarte le lanzó la pelota por el lado derecho y salió corriendo por el izquierdo. No solo lo recibió con todo su cuerpo, sino que además le agregó a su famosa tapia un codazo en el ojo derecho. Lo sacaron de ese partido porque no podía ver y la cabeza le daba vueltas; no pudo jugar los cuatro siguientes y desde ese momento le declaró la guerra silenciosa a su agresor.

La “Tapia” tenía la orden de no volver a dejarlo pasar. El técnico le repitió una y mil veces en el intermedio del partido que dejara la maricada, que si iba a dejar que un enano cascorvo les hiciera la fiesta y les quitara el liderato. “Pasa el jugador o el balón, no los dos. Le respira en la nuca. No lo deje voltear o no lo vuelve a ver”. No solo era un defensa lento y torpe, sino que además le gustaba ver rodar por el pasto a sus rivales. Era experto en zancadillas, codazos o en lanzarse en un planchazo a detener delanteros con los guayos a la altura del peroné. Toda lo hacía con absoluta sangre fría. No era de los defensas sangrones que persiguen al delantero como perro pastor alemán, no cazaba disputas, ni lanzaba amenazas. No se obsesionaba con una cara. Sus patadas o sus codazos eran su forma de manifestar el absoluto dominio de lo que para él era su oficio de defensor. Con la misma sangre fría, forzaba una cerradura o se metía por el tejado a robar una casa. Era un flaco desapacible, que no había tenido necesidad de matar a nadie mientras desocupaba apartamentos, porque solo con su mirada helada y gris los dejaba

mueritos de miedo. Volvió a salir a la cancha decidido a lo que fuera. Desde el primer segundo se le fue encima al “Chueco”. Lo seguía por todo el campo con una risita miserable.

En la primera jugada, Duarte eludió a la “Tapia” con un amague. Pensó que podía seguir con el balón dominado hacia el área, pero Molina se le lanzó por detrás, le sacó el balón con la pierna derecha, y con la izquierda, como si se tratara de un garfio, le cepilló la espinilla. Sintió como si una guadaña le hubiera talado la pierna. El dolor le hizo rodar por el piso. Lo sacaron de la cancha, le aplicaron agua en la herida y le untaron unguento para adormecer el dolor. El técnico le preguntó que si podía seguir jugando. Claro, le dijo. Ahora más que nunca. No le vaya a buscar pelea a ese malnacido. No se me haga expulsar, chino. Volvió al campo rengueando, y se paró muy cerca de su marcador. No se decían nada. No necesitaban las palabras. Ya no era el tiempo de las amenazas o de los desafíos. El balón no les llegaba. Se jugaba en el otro campo. La lluvia se les vino encima. En una cancha lisa, Duarte era un proyectil imparable. Dos veces dejó enterrado a su marcador en la mitad de la cancha, pero prefirió botar el gol, porque no estaba para la gloria ni las hazañas. Molina también sabía que con la lluvia podía deslizarse por el pasto y llevarse por delante a aquel cascarero que les estaba haciendo la fiesta. Duarte estaba cansado de que le respirara en la nuca. Bajó a la media cancha de su propio campo, pidió el balón, hizo paredes y se fue perfilando. Vio que Molina lo esperaba en la mitad del campo. Creyó que podía hacerle la jugada de Pelé al arquero uruguayo en el Mundial del 70: lanzarle la pelota por un lado y salir por el otro. Eso sería humillarlo de nuevo. Molina lo vio venir, sabiendo que ese enano carterista iba a terminar de cara en el fango; le atravesó su cuerpo y lo remató con un puño. A su modo, mejoró la fórmula

de su técnico: no pasa el jugador, no pasa la pelota. Todo lo que se mueva me lo llevo por delante. El “Chueco” cayó al piso viendo estrellitas. Se cogía la cabeza como si hubiera quedado ciego. Por un momento se le apagaron las luces, el cielo lluvioso se le volvió negro. Lo despertó la bulla de feria de pueblo de los alrededores del campo de juego y la furia de ver sangre en su rostro. No iba a esperar más. No tenía un plan, y si lo tuvo, se le había olvidado, se le había ido de la cabeza con tantos codazos y patadones. Iba a actuar por instinto, llevado del demonio del dolor y la venganza.

El campeonato había comenzado en marzo, como todos los años. El sorteo del calendario había tenido un especial significado, como siempre. El morbo de saber que muchos de esos partidos nunca se jugarían, que solo quedarían para el pronóstico, las apuestas o los retos. El presidente de la junta de deportes se había encargado de darle su tono solemne y ridículo a esa ceremonia. Los delegados de los equipos se reían viendo salir esas fechas improbables. Igual, al final del sorteo se emborracharon con aguardiente y se lanzaron mutuas amenazas, no muy estrictamente deportivas. Antes de la primera fecha todo era posible y manejable. Nadie era capaz de creer en el futuro.

Hubiera podido ser uno de los mejores campeonatos en muchas cuadras a la redonda. Tenía eso que no se ve en la liga profesional, esa mezcla de fantasía en las piernas y de agresividad en la mente que hacía que cada partido fuera inolvidable. Los dribladores, los pisadores de pelota, los artilleros, los pasadores más efectivos, tenían que meter, tirarse al piso, dar pata, o nunca ganaban un partido. Hubiera podido ser uno de los mejores campeonatos, si solo alguna vez hubiera terminado. Siempre se tenía que suspender porque los partidos acababan en balaceras o a los árbitros los

sacaban corriendo a machete o los equipos se iban quedando sin jugadores, porque los mataban cuando intentaban atracar un banco o tumbarse todo lo que encontraban en un apartamento, o aparecían muertos en el caño, en el potrero, acribillados por la ley.

A medida que pasaban las fechas la incertidumbre iba creciendo. Los pronósticos que se escuchaban eran cada vez más fatalistas. Cada domingo podía ser la última fecha. Sobre todo cuando empezaba la segunda ronda, la de las revanchas. Todas las disputas sentenciadas, las amenazas pendientes, los juramentos aniquiladores.

La cancha quedaba en las afueras de un barrio viejo y popular, al pie de la autopista Medellín. Estaba rodeada de baldíos y botaderos de basura. En una ciudad de inmigrantes, era uno de los pocos barrios en donde todavía se hablaba la vieja jerga distrital, se distorsionaban las erres y se fermentaba la chicha.

El campo era una frontera. Era el comienzo del desmadre de la ciudad. Hacia arriba, los barrios construidos con una escuadra, bonitos y ordenados, de calles y carreras que llevaban a todas partes. Hacia abajo, la vasta y caótica ciudad de calles ciegas, sin pavimentar, de casas nunca acabadas de construir, levantadas a pulso, ladrillo a ladrillo, teja por teja. Calles llenas de música, polvorientas; olorosas a fritanga y a cerveza.

El partido había comenzado a las cuatro de la tarde. Mientras los equipos calentaron, el aire se llenó de insultos, burlas y amenazas. Solitario e indefenso, el árbitro se vistió de negro, al borde de la cancha. Rezó tantos padrenuestros como se los dictó su miedo y, al final, besó veinte veces su escapulario de la Virgen de Chiquinquirá, para que le fuera bien, sabiendo que si salía vivo, ya era un milagro.

El técnico de Los Cerezos parecía una figura circense. Dio la alineación y las instrucciones tácticas con ademanes de cómico

mexicano, como si se tratara de Viruta o Capulina. Los jugadores parecían no hacerle caso; se miraron entre ellos, sonriendo para adentro, sabiendo que todas las charlas tácticas se reducían al mismo grito de batalla:

–Esos muertos de hambre no nos pueden ganar esta tarde: acuérdense que si ganamos, aquí les tengo su petaco de cerveza.

Faltaban dos fechas para que el calendario terminara. Todo iba tan bien que el cura y el presidente de la junta estaban contentos, porque al fin iban a entregar la copa que llevaba años colgada en la vitrina del salón comunal.

Los jugadores entraron en la cancha, pisaron el campo con la pierna derecha, luego rozaron el pasto con dos dedos y se dieron la bendición. Los alrededores parecían un circo. Un mariachi tocaba en un lado, una papayera en el otro, desde un Simca, con un megáfono, el cura del barrio recordaba que el deporte es salud y cultura, no violencia y muerte.

El “Chueco” estaba más silencioso que nunca, como el ladrón solitario que era. Siempre fue de pocas palabras, pero ese día no quería decir ninguna. No había podido dormir la noche anterior, tratando de dejar en claro cómo haría para sacarse de encima lo del ojo. Ese codazo de la primera ronda no se sacaba con otro codazo. Tan pronto como arrancó el partido empezó a mostrarse. Y se la dieron. Dejaba regados a los defensas en plena área. Lo estrictamente deportivo quería resolverlo rápido. Antes del descanso. La “Tapia” trataba de no tener que enfrentarlo, sabía lo que se le venía pierna arriba.

El primer gol no fue suyo, simplemente se lo puso al centro delantero para que cabeceara. Pero todos lo fueron a abrazar. En el borde de la cancha había técnicos de los equipos profesionales dispuestos a contratarlo esa misma tarde. Antes de terminar el primer

tiempo volvió a colarse entre los defensas, pero cuando estaba solo frente al arquero, no quiso hacer el gol, si no que otra vez se lo cedió a su compañero de ataque. Un gol no podía darle ninguna satisfacción esa tarde. Su prioridad no era la dicha del juego.

Cuando terminó el primer tiempo, no quiso descansar con todo el equipo ni escuchar las indicaciones del técnico que parecía un cómico mexicano. Se fue a orinar donde nadie lo viera y allí volvió a repetirse, a convencerse de que tenía que hacerlo. No tenía un plan. Adentro, en la cancha, ya se le ocurriría algo. No le importaba si con su acto arruinaba el primer campeonato para su equipo. De lo único que tuvo miedo, fue de tener miedo en el momento preciso, de que le faltaran güevas para cometerlo. Después de orinar se persignó y supo que así debería suceder, que estaba decidido y que eso era lo correcto.

No se decían nada. Estaban solos en la mitad de la cancha. La lluvia había convertido el campo en un lodazal. Nadie los miraba porque todos los ojos estaban puestos en el campo contrario donde los jugadores de Las Brisas intentaban reducir la ventaja lanzando repetidos tiros de esquina. Los latidos de su corazón, cada vez más acelerados, le decían que había llegado el momento. No tenía un plan, pero como se había dicho toda la tarde, el instinto le iba a mostrar el camino, la forma de resolver este asunto. La puñalita no hacía nada de bulto, escondida entre las medias y pegada a las canilleras. Estaba decidido, pero antes quiso sentir, una vez más, la presencia física de su marcador, escuchar de nuevo su pesada respiración, el sonido que hacían sus guayos yendo y viniendo por ese lodazal, detrás de él, convencerse de que ese ser estaba vivo, y era un miserable y lo había humillado. Se arrodilló como si quisiera arreglarse las medias. Tanteó hasta encontrar la puñalita, la

despegó del esparadrapo que le había colocado para que no le incomodara cuando corriera o pateara, la empuñó sin dejar que se viera, dejando apenas una puntica por fuera, como hacía cuando iba a atracar cristianos en el centro, y así, en cuclillas, viendo lo largo y pesado que era ese defensa miserable, se la hundió en la ingle. No sintió que estuviera cumpliendo con la venganza tantas veces soñada la noche anterior al partido. No sintió que estuviera acabando con la pesadilla, la humillación y el dolor. Sintió asco de matar. De ver el chorro de sangre manchando la pantaloneta. Antes de que la “Tapia” se empezara a derrumbar en silencio, porque la puñalada le entró con tal furia que le quitó el aliento, la voz, la rabia, el “Chueco” salió corriendo del campo, más rápido que cuando atacaba por la punta, más rápido que cuando atracaba en las calles. La gente no entendía por qué dejaba el juego de esa manera. Volvieron a mirar hacia el campo y vieron a la “Tapia” derrumbado, doblado sobre su estómago. Los jugadores de los dos equipos salieron corriendo despavoridos y se perdieron por entre las calles del barrio, temerosos de que llegara la policía y se los llevara a todos para la estación. Los que estaban viendo el partido también se perdieron, porque ya estaban cansados, no querían saber nada de muertos, de tropeles, de puñaladas, todo por un campeonato que nunca llegaba a su final.





Tiro libre

EL HOMBRE QUE LO IBA A MATAR LO HABÍA LLEVADO A UNA FINCA solitaria, lo tenía atado a una silla, de pies y manos, con cinta de enmascarar y le había tapado la boca.

Al comienzo pensó que en cualquier momento iba a aparecer el patrón o uno de sus lavaperros, que lo iban a insultar y a golpear, antes de matarlo. Luego se dio cuenta de que solo estaba este hombre bajito, fuerte y musculoso, que en vez de tener un revólver, había puesto sobre la mesa una carpeta llena de recortes de periódico y revistas, un televisor y un aparato reproductor de videos.

Si lograba desatarse, en un par de segundos habría podido dominarlo, pero la cinta de enmascarar se le pegaba a la piel y no había forma de quitársela de encima.

“¿Por qué no me mata ya este hijueputa?”, pensaba, y si no hubiera tenido tapada la boca, se lo gritaría en la cara, con esa lengua de pandillero, con esa cara de fiera con la que se quería tragar a los árbitros, cada vez que le pitaban un fuera de lugar o una falta que no había cometido.

—Contigo negro va a ser distinto; yo sé que nunca cruzamos ni una palabra, que nunca me firmaste un autógrafo, ni me aceptaste un chorro de aguardiente, pero eres mi parcerero del alma, mi ídolo, para qué más.

El hombre le golpeó los hombros, como si de verdad se acabara de encontrar a un ídolo de su equipo en un aeropuerto o en un centro comercial y le estuviera pidiendo que se tomaran una fotografía para el recuerdo. Hizo un nuevo intento por quitarse la cinta, sacudiéndose, tratando de quebrar la silla con su largo y pesado cuerpo, pero todo fue inútil. Le pateó los testículos sin decirle nada. Después del patadón, no pudo aguantar más y se meó en los pantalones.

–Me dijeron: vaya y mate a ese negro y no se demore.

–Les pregunté, ¿a cuál negro?

–Al que nos está mamando gallo con la plata, a cuál más.

–¿Y por qué tengo que matarlo yo?

–Porque a vos te gusta el fútbol, ¿no?, y sos hincha de su equipo.

–¿Y eso qué tiene que ver?

–Pues que a vos te va a hacer más caso.

–¿Y es que para matarlo me tiene que obedecer?

–No. Por pura cuestión de estilo, nada más. Y no tardés, que te necesitamos para otra vuelta.

Terminó de armar un cigarrillo de bazuco y le sopló una bocanada de ese humo dulce en la cara. Casi lo asfixia con ese soplido hechicando que además se le metió en los ojos.

–Cómo así que voy a matar a mi negro, a mi ídolo, así, nada más, de afán, como a un ñero o a un choro de la calle. Hagámosle por lo menos una despedida ya que nadie se acordó de hacérsela en vida, ni su equipo del alma, ni la barra, ni la federación, ni todas las golfas que preñaste cuando estuviste en la cima de la popularidad. Me tocó a mí y aquí estamos.

Y ya no hizo más que fumar y pasearle el cigarrillo por la cara. Por un momento pensó que le iba a quemar las mejillas o la nariz, pero no, solo quería mostrarle la razón por la cual los capos lo

habían sentenciado a muerte

–Te pasaste de la raya, tu crédito se te acabó, ya les habías dado todo lo que tuvo valor algún día en tu vida: los tres carros, las motos de alto cilindraje, las cadenas de oro. Solo te quedaban las camisetitas viejas y tu alma, que no valen un culo.

Le escupió en la cara una bola densa y espumosa de mal aliento que se le pegó a su mejilla y luego comenzó a descender lenta y desdenosa, como si quisiera acompañarlo todo el poco tiempo que le quedaba de vida.

–¿Sabés lo que siempre quise ser en la vida, negro, antes que lavaperros o pistofijo o gatillero? Siempre quise ser comentarista de fútbol. Mi mamá decía que yo nací con un radio pegado a la oreja, porque desde niño me la pasaba escuchando cuanto programa de radio hubiera, desde por la mañana hasta la noche. Y cuando no estaba escuchando, me la pasaba narrando partidos imaginarios, en los que mi equipo siempre ganaba. Siempre tuve una memoria de coleccionista, que ahora solo me sirve para llevar la cuenta de los morracos que cargo encima, pero antes, cuando nos reuníamos en la esquina del barrio a hablar mierda toda la noche, yo podía dejar a más de uno con la boca abierta. Era como un álbum de Panini ambulante y parlante. Jugador que veía en una foto o en un estadio, jugador que ya no iba a olvidar jamás. Nombre o alineación que escuchaba en la radio se me quedaba guardada para siempre en mi disco duro, aun antes de que produjeran el primer computador personal. Yo podía repetir todas las alineaciones de América, de Cali, de Millos, de Nacional, del Boca o de Independiente, de Real Madrid, La Coruña, Valencia, Manchester, Liverpool, Milán, Roma, Sampdoria, del equipo que fuera, de las selecciones que iban a los mundiales, hasta de las menos recordadas, como la de Zaire en el 74 por ejemplo.

Cogió de la mesa la carpeta con los recortes de periódicos y revistas. Empezó a pasarlos uno a uno. Cada vez que encontraba uno suyo, se lo acercaba a la cara como si lo quisiera insultar mostrándole la gloria perdida.

—Fui guardando todo lo que salía de vos en la prensa, sin saber, negro, sin saber. Mirá. Aquí está tu corta historia, desde que debutaste con la selección departamental hasta que te ganaste la Supercopa Continental, todo lo que publicaron los periódicos, los semanarios deportivos, lo que salía con grandes titulares y fotos de página entera en *El Espacio* o *El Caleño* o en la revista *Vea*; tus tardes gloriosas, tus pifias, tus borracheras, tus orgías, tu vicio, negro, tus empelotadas en revistas de Bogotá, en las que aparecías como modelo, hasta las pocas columnas que te dedicó el *Gráfico* de Argentina. Pensar que coleccionaba esas fotografías y artículos como cualquier fanático, sin saber, negro, sin saber en qué terminaría todo esto.

El hombre lo obligaba a que mirara, pero él no quería encontrarse con ese pasado que había sucedido hace apenas cuatro o cinco años, el tiempo en que lo tuvo todo y todo lo había perdido. Él ya sabía cómo había comenzado su debacle. No quería nada más, que lo matara y listo, pero el hijueputa seguía hablando de su vida, como si la conociera, el malparido, como si con saberse todo lo que habían dicho los periodistas fuera suficiente para agotar sus treinta años de existencia.

—¿Fuiste o no un gran jugador? Para mí, que he visto tanto fútbol pasar por el estadio, solo fuiste un palomero al que le sonrió la fortuna, un delantero perezoso al que le caía el balón por la gracia de la Divina Providencia y solo tenía que embocarla. No te pongás rabón, negro, no me revirés porque ahí sí te mato a lo mal. Eso eras. Nada más. Antes que vos, esta tierra dio jugadores con más gambeta,

habilidad y velocidad. Viéndolo bien, vos solo eras un negro correllón que metía los goles que eran y cuando eran. Tenías tu estilo, tu tumbao, como decimos los fanáticos del ritmo musical mal llamado salsa: alto, desgarrado, cuando arrancabas a correr parecía como si te fueras a caer y a dar vueltas por la grama, de lo torpe que parecía que eras. Claro, estábamos acostumbrados a descubrir a los punteros derechos por su estatura, porque eran bajitos, macizos y tenían las piernas cortas y arqueadas. Si hubiéramos sabido que eras capaz de hacer tantas gambetas, cortas y largas, de dejar parados con tus piques a todos los defensas y, sobre todo, de rematar al arco como te diera la gana. Quién iba a pensar que vos, siendo tan bruto, llegarías tan lejos. De pronto fue por eso que nadie te vio en Cali, que te tuviste que ir lejos y volviste con la frente en alto. Recuerdo aquella noche. América con todas sus estrellas y va un negro desconocido y les hace una tripleta. ¿Quién es ese negro?, preguntaban todos. ¿De dónde salió, de Buenaventura, de Tumaco o de Guapi? No, señor, de aquí no más, del 12 de Octubre, pero nadie lo vio.

Le hirió su orgullo, algo que creía ya sepultado en el largo año que pasó metiendo vicio en la esquina del barrio donde había nacido, gorreando cerveza y bazuco, pidiéndole una luca al que pasaba por ahí. Si no hubiera estado amarrado a esa silla, ya lo tendría botando sangre por la boca y pidiéndole perdón como un cobarde. Pero ellos habían ganado. Eran los duros. Imponían su ley en todo el Valle. Él ya conocía ese baile.

—Me cuentan que te volviste vicioso después de viejo, negro, y ni siquiera aquí, en Cali, sino en España. Cogiste todos los euros que te ganaste en dos años y te los soplaste. Lo tuviste todo, negro, ¿y para qué? Para terminar amarrado a una silla, atado de pies y manos, con la boca tapada, echando espuma, meado y cagado en

los pantalones, esperando que yo termine de cumplir con la vuelta que el jefe me ordenó. ¿Y sabés qué, *grone*? No tengo afán. ¿Cómo te parece? Te pasó lo de la canción de Rubén Blades, así de sencillo: por tu mala maña, de irte sin pagar. ¿A Rubén Blades lo conoces, cierto? *Canciones del solar de los aburridos*, 1981. El tema se llama, *Te están buscando*. ¿Te acordás de la letra? Si querés te la canto: *Cuidado en el barrio, cuidado en la acera, cuidado en la calle, cuidado donde quiera, que te andan buscando, por tu mala maña, de irte sin pagar, por tu mala maña, de irte sin pagar. Yo te lo dije canallón, te iba a salir cara, todo el mundo ya sabe tu historia, todo el barrio sabe la verdad, que jugaste un dinero y perdiste y te fuiste sin antes pagar*. Te lo advirtieron, pero vos les dijiste que estabas esperando a que te llamaran del Málaga de España, de la segunda división, que te iban a pagar esta vida y la otra. Y nada. Llevás once meses jugando dominó en la esquina y los euros no se ven por ninguna parte. Te devolvieron hasta del famoso y venido a menos ballet azul de Bogotá, donde reciben a todos los que desechamos por borrachos y puñeteros.

Me dijeron: vaya y acabe con ese negro hijueputa. Le queremos hacer un favor a él, a su familia y al deporte colombiano. No lo queremos seguir viendo en la calle, sin bañarse, borracho y jugando al dominó. Y no lo podía creer, mi negro. Yo pensé que te la iban a perdonar, por ser quien eres, porque en la ciudad todavía los hinchas te recuerdan y los periodistas te hacen notas cada vez que se cumple un nuevo aniversario de uno de tus goles gloriosos. Pero no, estos manes no comen del cuento y no se aguantan que nadie los faltonee. Son capaces de llevarse al mismísimo presidente, si la caga con ellos.

Comenzó a mirar las carátulas de los DVD, marcadas con el resultado del partido, la fecha y el estadio donde se había jugado. Metió un disco en el aparato reproductor y encendió el televisor.

—No te creás que te voy a hacer un juicio como los que hacía el M-19. Ni voy a mandar tu foto a la redacción de *El Caleño* con una leyenda que diga, “Pueblo colombiano, ¿ustedes quieren que matemos al negro por vicioso y faltón?”. No. Aquí ya estás condenado. No vas a tener la oportunidad de hablar, de defenderte. A vos no te quiero escuchar y los jefes menos. Lo único que quiero es despedirte y ni un vaso de agua te voy a dar. Estamos lejos de todo; de tu barrio, de la autopista, de Cali, del aeropuerto, del próximo pueblo. Para comenzar, vamos a ver el último partido que jugaste con la selección. Uno tiene sus manías. La mía es coleccionar partidos buenos, grabados en VHS o en DVD. Tengo los que jugó Brasil en el Mundial del 70. La final que ganó Argentina contra Holanda en el 78. El 3 a 2 de Italia a Brasil en 1982. El golazo con la mano de Maradona a los ingleses en México, como venganza por lo de las islas Malvinas, el primer título del América en el 79, las cuatro finales de Copa que perdió, todos los partidos que ha jugado nuestra Selección desde el empate a cuatro contra la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en el Mundial de Chile, cuando no habías nacido, negro. Ese país ya no existe, no te mates la cabeza pensando en dónde queda, que la vas a necesitar para cuando te entre el primer tiro. Ese país se acabó cuando tumbaron el muro de Berlín. Pero vos qué vas a saber de historia o de cultura general. Íbamos perdiendo 4 a 1 y les empatamos a esos comunistas en medio tiempo. Nos dimos el lujo de hacer un gol olímpico. Es que antes también jugaban, negro, ustedes lo que han tenido es buena prensa, la televisión sobre todo y la ayuda del jefe, lo más importante. Hasta te puedo hacer una selección con once jugadores que eran mejores que los de tu generación, pero que se perdieron por falta de la ayuda de un mecenas. Zape en el arco; Castro, Escobar, Caicedo, Segovia, en la defensa; Retat, Calero, Ponciano y Arboleda en la media. Y

adelante Ortiz y Díaz. Para qué más, hubieran podido jugar hasta en el Real Madrid, pero les faltó un empresario, un grupo que les manejara los negocios, que es lo que hacemos ahora, la multinacional de los buenos jugadores. Le cambiamos la historia al deporte de este país, ahora tenemos mentalidad ganadora. Los técnicos lo saben. Ganan o ganan. Así es como se forman los héroes.

No paraba de hablar. El hombre que lo iba a matar tenía tanta facilidad para hablar mierda, que hasta llegó a creer que de verdad podía ser un comentarista deportivo. Se suponía que él los había conocido a todos. A este nunca lo había visto, pero hablaba como uno de ellos, creyéndose superior al jugador, citando fechas, partidos y estadios, maniáticos de la memoria y la palabra.

—Este es el gol que más me gusta de vos, negro. Si no lo hacías no íbamos al mundial, así de simple. Nos estaba cogiendo la noche. Ya pasábamos del minuto setenta. Cero a cero y esos judíos defendiéndose como en la franja de Gaza. Y pensar que el técnico no te quería. Tranquilo negro, a mí también me caía mal. En eso estamos de acuerdo. Nunca me gustaron los técnicos que se creen más que los jugadores. Y con las que sale, llevarte a la Selección para sentarte en la banca, a vos, que le diste todo, el título nacional, la Libertadores. Cuando se sintió con el agua al cuello, setenta minutos del partido y nada, cero goles, sin mundial, la prensa encima, el país frustrado, el presidente triste y el patrón decepcionado. El estadio se le venía encima coreando tu nombre. Esperate le pongo pausa al DVD para preguntarte algo, solo para preguntarte, no te voy a quitar el bozal para que me respondás. ¿Qué sentiste negro, qué pasó por tu cabeza cuando ese atorrante te dijo que te quitaras el peto y empezaras a calentar, cuando se te acercó en la raya y te dio dos o tres instrucciones para que atacaras por la raya y los mataras en velocidad?

Qué le iba a responder, si lo único que quería era morir o que lo matara, porque ya no podía respirar, las tripas estallaban a cada momento y el corazón le latía igual que cada vez que se pasaba de drogas y alcohol. Y el malparido enranchado en recordarle su historia, un cuento que ya no tenía sentido, tan solo el de torturarlo.

—Mirá tu cara, negro. La cara que hacés cuando entrás a la cancha. La cara del que sabe que está tocado por la gracia de Dios. Tú pensaste, si hago un gol me llevan a Argentina o a Madrid. Mirá, no pasaron ni cinco minutos. Te tiran un balón al área, le ganás en piernas a los defensas y se la ponés al palo izquierdo del arquero. Lo normal es que en esas jugadas el delantero se la cruce al palo derecho y abajo. Pero tú no, negro, eras genial; arriba y al palo del arquero.

Lloró, qué más podía hacer. Ahí estaba todo. Esa era la vida que había debido vivir: los triunfos, los estadios, las culicagadas que se le metían al hotel, lo demás valía huevo, las camionetas, las cadenas de oro, los relojes Rolex, la ropa, nada de eso le llegaba a los tobillos a la felicidad de un gol que clasificaba de nuevo a su país a un mundial.

—No llores negro, no te pongás sentimental a esta hora del partido. Lo sé. Estarás cansado de tanto fútbol, ¿no es cierto? Yo no me canso. Siempre que puedo, veo partidos del pasado: el cinco a cero contra Argentina, sobre todo.

Si hubiera podido hablar, le hubiera gritado en la cara a ese malnacido caribajito que no le fuera a poner ese partido, ese partido no lo quería repetir nunca más en la vida. No pudo hacer más que sacudirse en la silla, y casi consigue pararse, pero el hombre lo dobló con un garrotazo en el abdomen.

—Tenés toda la justa razón, negro. Vos que habías jugado en Argentina y va nuestra Selección y los golea en el mismísimo monumental de River y no aparecés ni entre los suplentes. Ese es mucho

técnico. Te negreó por completo. Te dejó fuera de la mejor selección de la historia. Pero eso no te da derecho a que te me alborotés negro, no me mirés con cara de por qué no me mata ya este hijueputa, que no te voy a matar cuando tú quieras. Ya no sos dueño de nada, ya no tenés un balón en el aire ni un arco enfrente. Ya no vas a cambiar ninguna historia con tu cabeza ni con tus pies. Ya no podés ser el salvador de la tarde. Perdiste. Ahora estás solo, indefenso, como un arquero ante un tiro penal y no sabés por dónde te voy a meter la primera bala.





Las horas
con la Flaca

PRECISO A LA FLACA LE DIO POR LLAMARME A LAS TRES. LA FLACA ES así. Dura una semana perdida y de pronto se aparece el día menos pensado. Es cuando ella quiera y nada más. Le dije que no quería salir: voy a ver el partido, es la final, hoy se decide el campeón. No importa, lo vemos juntos. Mentira, vos no lo dejás ver; por qué no te quedás leyendo a Kundera o viendo películas en la tele, con el otro, con el innumerable. Te estoy llamando es a vos, si me dejás con las ganas, no me volvés a ver ni en las curvas. Silencio. Ninguno de los dos hablaba, a la espera de que alguno de los dos se rindiera. Hubiera podido sacarle más disculpas, pero ya los equipos saltaban a la cancha. Yo me iba a rendir, pero quería llevarla al límite, ponerla a pensar que su esclavo se iba a rebelar. Además, ese partido ya está arreglado, volvió a decir. Pablo lo compra todo. No creás, es Pablo contra los hermanos, el clásico de los carteles. Peor, a lo mejor terminan dándose bala en plena cancha o lanzando papelitos de los extraditables, como la otra vez; te espero en media hora, ya sabés dónde. No sé dónde es dónde. No te hagás, y si no vas, ya sabés qué te pasa. Me iba a pasar que se me escondía una o dos semanas, que en su casa me la iban a negar, que en la oficina siempre iban a decir que estaba muy ocupada con el jefe, que si lograba encararla a la salida me decía que no tenía tiempo, que la habían invitado a cine o a

un concierto, el otro, el innumerable, el sensei, el gurú, el maestro, a quien yo no conocía, pero que me gustaba imaginar, como un cucho de cuarenta, profesor de la Universidad del Valle, exanarquista con colita de caballo, que seguro había sido compañero de pupitre de Andrés Caicedo, escritor caleño..., bla, bla, bla.

La Flaca me colocaba siempre contra el paredón. Era perderme el partido o perder su olor, su piel recién bañada, sus quejidos sabrosos, sus ojos blanqueados, los dedos de sus pies, el hueco de su clavícula. Se suponía que en la cama era yo el que la volvía loca y siempre terminaba convirtiéndola en una esclava obediente entre mis piernas. Pero fuera de la cama, el llevado era yo, el que la pensaba todas las mañanas en el bus que nos llevaba al laboratorio donde trabajaba, por la vía a Yumbo. Mientras ella, Kundera, Miller, Mahler, Chick Corea, bla, bla, bla.

Así era la Flaca. Siempre mandona, impositiva y caprichosa. En el laboratorio no se había hablado de otra cosa durante toda la semana que del nuevo título del América y del poderío de Nacional. Los ingenieros habíamos hecho la polla. Yo puse uno a cero ganando Nacional. No me gustaba ninguno. Era hinchada del Cali, pero no quería ver otra celebración roja. De todas formas, no me iba a perder el partido, por el morbo de saber cuál de los dos mafiosos se iba a imponer, pero sobre todo, con qué artimañas, por las buenas o por las malas. Ahí estaba el detalle. Un partido para salvar el domingo y llama la Flaca. Por supuesto que llega tarde. La espero veinte minutos. Cuando se baja del taxi y atraviesa la calle la miro rayado. Además de todo, te hacés esperar. Lo bueno en la vida toma su tiempo. Quiero seguir jodiéndola, decirle que el partido ya comenzó, pero una cosa es escucharla por teléfono, o verla a la distancia y otra es tenerla cerca, recién bañada, el pelo castaño le huele a

champú y a enjuague; el cuello le sabe a *splash*. Me da un beso que no se guarda nada, me muerde los labios y me mete la lengua hasta la garganta. En su aliento ya no hay trazos de la rumba de anoche. Seguro estuvo tomando tequila. Pero si le pregunto, no me va a decir nada, que salió por ahí a tomar un coctel con las amigas. No le gusta contarme lo que hace cuando no está conmigo. Solo hablamos de los dos y de su familia. Nada más. Pero cuando la beso ya no sabe a nada. Sabe a ella, a eso que yo no sé definir, pero que solo encuentro en ella, que no es dulce ni amargo, que no es suave ni espeso. Su sabor. Tiene una blusa blanca, de *hippie*, con bordados de flores. Se le ven las tetas pequeñas y redondas, como dos limones, tapadas por un *top* blanco. Tetas ricas y su cuello, los huesos de su clavícula. Lleva un bluyín ancho y unas sandalias de cuero. Hoy es el día de lucir como otra, como la universitaria que ya dejó de ser. Lleva sus cosas en una mochila wayú. No tiene necesidad de ponerse sus gafas oscuras, porque la tarde en Cali es gris, fresca. En ese bar de la sexta tienen el televisor a todo volumen. En las calles no se ve a nadie. Cali es un pueblo de fantasmas hasta que el América quede campeón. Si eso sucede, si logra ganarle a Nacional en Medallo, las calles se llenarán de hinchas, maicena y tropeles. Nos tomamos una cerveza Poker. Le huelo el cuello. Una y otra vez. Nos besamos con la pasión de dos culicagados. Estás rico, me dice. ¿No trasnochaste? No. Salí por ahí a dar vueltas pero no hice nada. Se emputa porque me quedo mirando el primer gol de Nacional. Ese hijueputa estaba en fuera de lugar, dice el man del bar. Me coge el mentón. ¿Viniste a ver el partido o a verme a mí? No le respondo. Ya que estamos aquí, quiero llevarla hasta el límite, provocarla, pero sin que terminemos entropelados. No le respondo. La beso y de paso le cojo las tetas. Me dice que le encanta que le toque las tetas, que se las bese,

que le baje, que se lo meta rico. Qué más Flaca, qué más, le digo oliéndole el splash del cuerpo y viendo con un ojo, sin que ella se dé cuenta, cómo todos los jugadores del América siguen rodeando al árbitro. Hasta el técnico Ochoa se ha metido al campo. En algún lugar de ese estadio debe estar el Patrón con sus lavaperros, cagado de la risa. Y los hermanos de Cali, en su casa de Ciudad Jardín, emputados, llamando a todos los de la federación a joderles la vida. Exigiendo juego limpio. La Flaca me lo toca. Es capaz de bajarme la cremallera y acariciármelo ahí mismo. Le miro los dedos de los pies que le salen por los lacitos de las sandalias. No me los mirés. Son feos. No son feos. Flaca vanidosa. No son feos ni bonitos. Son tuyos. Son dedos. Y eso es lo que cuenta. La beso. Se retuerce. Me lo coge. Es el momento de irnos. El man del bar nos mira. “Partida de arrechos”, pensará. Mira a la Flaca con morbo. Nos mira a los dos como imaginando lo que vamos a hacer en menos de media hora. Ochoa amenaza con retirar al equipo del campo. Pimentel se coge las güevas y se las muestra a la tribuna que lo putea por ser un cabrón, por ser un bocón, por ser un patán, pero sobre todo por haber jugado en el Millonarios de otro mafioso, que le ganó dos títulos seguidos a Nacional. Cogemos el taxi y nos vamos para un motel. Qué más podemos hacer. No tenemos otro sitio donde ir. Yo vivo solo con mi madre y ella con su familia de padres, tíos y abuelos. Toca a uno de esos moteles lobos de Cali.

El taxista nos empieza a hablar del partido. Qué robo, dice. Nos están sacando el título del bolsillo. Pero eso era de imaginarse. Terminar en Medellín es complicado. Anoche dicen que secuestraron a los árbitros, los subieron a una Toyota y a darles vueltas por esas lomas. Seguro los pusieron cara a cara con el Patrón y ahora se ven las consecuencias. Cagados del susto. Pitaron la primera que vieron

como penalti. Ese man se tiró. No le hagás caso, me dice la Flaca, pasito, al oído, mordiéndome los lóbulos de las orejas, el mentón. Tenés el mentón más rico del mundo. No le parés bolas, dile que sos del Cali y lo dejás callado. No le digo nada al taxista. La beso. Busco de nuevo la esencia de la Flaca, esa baba que sale de su lengua y de sus labios, eso que solo siento cuando lo siento, eso que solo me sabe cuando la beso o la chupo, y que cuando no estamos juntos no puedo recordar o reconstruir con la memoria, no puedo siquiera decir, sabe a esto o a lo otro, se parece a aquel sabor o a este otro. Si en el laboratorio me tocara hacer un perfume o un champú con su olor, no lo lograría, no sabría qué elementos mezclar. El taxista nos mira por el retrovisor y se da cuenta de que vamos arrechos, que el fútbol nos importa cinco. Nos deja de hablar, pero yo sigo escuchando la transmisión, mientras le meto la mano a la Flaca por la espalda, por entre el bluyín hasta cogerle la rayita de las nalgas y la tira de la tanga, y el culito y su chochito húmedo. Respira hondo. Ahhhhhhhhhh, le escucho gemir y al locutor le escucho decir que el partido se reanuda. Que el América vuelve a la cancha. Pero que de fútbol poco. Dos equipazos con las mejores nóminas del país y están dedicados a pegarse, a rodear al árbitro y provocar a la tribuna. El taxi nos mete hasta el parqueadero. Nos recibe un portero de camisa color salmón y pantalón negro, muy amable y hablador. Nos pregunta si queremos sauna, jacuzzi, aire acondicionado o una *suite* con juegos y sillas eróticas. Todos con televisor para que veamos el partido. Sencilla, le digo. Nos dan un cuarto contra la avenida, pero si se cierran las ventanas se escucha poco el ruido del tráfico. Además, Cali sigue siendo un pueblo de fantasmas. Nadie se mueve. Los que no están viendo el partido en sus casas, están en Pance, en el río, jugando con los niños y haciendo sancocho de gallina.

Prendo el televisor. ¿Vas a poner el partido?, me dice la Flaca. No jodás. ¿Qué pongo, entonces? Lo que sea, menos fútbol. ¿Pongo MTV? Al menos. Y me toca consentirla. Volverla a traer al mundo de las caricias. La Flaca odia el fútbol por su padre, por sus hermanos, que nunca le ponían cuidado, que no le compraban helados, ni le jugaban por estar hipnotizados frente al televisor. Ella que es tan vanidosa y egocéntrica, que en todas partes quiere ser el centro de atracción, terminaba llorando en un rincón de su casa, mientras su familia entera se emborrachaba viendo ganar al América. Cuando nos conocimos, cuando le dije que me gustaba el fútbol, pensó que se había encontrado en la vida con el perfecto hombre equivocado. Ella dijo: yo sabía que tanta belleza no era cierta, que de esto tan bueno, no dan tanto. Pero no soy un fanático, me gusta sobre todo verlo, los mundiales, las copas de Europa, la liga italiana, los clásicos. Mentía, sí era un fanático y no había nada que me gustara más en la vida que ver un partido en la tele, el que fuera, y más una final como esta que me estaba perdiendo a pedacitos, por su culpa, por la ilusión de volverme loco con ella. Da igual, eres un idiota, no hay felicidad completa. Dejé el televisor en MTV, pero camuflé el control debajo de una almohada. Igual ya estaban en el entretiempo.

Con la Flaca el comienzo siempre es el mismo, pero diferente. Nos besamos y nos tocamos, de pie, nos vamos desnudando, hasta sentir el calor de la piel. De pie. Le beso las teticas, hasta que se le ponen duras y redondas, más grandes de lo que son en realidad. Ahhhhhhhhhhh y cierra los ojos, pensando en su novio de antes, en su primer amante. Luego le beso el ombligo y el chochito, húmedo, por delante y por detrás, frente al espejo, para que ella se vea, excitada, vanidosa, sintiéndose la reina de mis caricias, la diosa del sexo doméstico, su cintura pequeña, sus caderas amplias y las

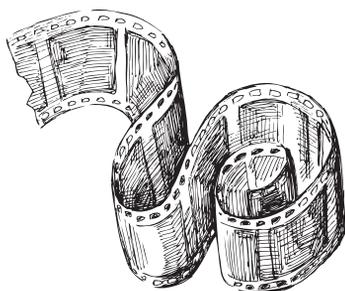
piernas largas, bronceadas en la piscina del conjunto donde vive. Le gusta que la alce y nos comamos así, parados, viéndonos en el largo espejo empotrado en un mueble de mimbre. Viéndonos en el espejo, sentir lo que se siente cuando se siente y ya no se puede reconstruir con la memoria de los sentidos. Nos pasamos a la cama. Me besa el pecho, me baja hasta chupármelo; saco el control de debajo de la almohada y cambio al canal del partido. Penalti a favor de América. Los jugadores de Nacional rodean al árbitro, la tribuna le canta chulo, chulo, hijueputa. Y el Patrón, ¿qué cara hace el Patrón? No lo muestran. Los canales nacionales no lo muestran, evitan poncharlo en el centro de la tribuna de preferencia, rodeado de su familia y sus lavaperros, con una gorrita de cuero y una camisa de estampados. Pendiente de cada gesto del chulo hijueputa. Para colmo, Falcioni va a cobrarlo. El estadio entero le grita: argentino, argentino, hijueputa. Falcioni coge el balón. Higuita se le acerca, le dice algo al oído. Falcioni le hace pistola y lo empuja, para sacárselo de encima. El estadio entero vuelve a putearlo, pero los locutores no dicen nada de las puteadas. Falcioni le pega suave a la izquierda. Higuita se queda enterrado en el piso. Dudó antes de tirarse y los guayos lo enterraron en la grama. América es campeón. Los paisas no se rinden. Todos cantan: vamos, vamos mi verde, que esta tarde tenemos que ganar. Cerca del motel se escuchan los gritos de hinchas del América celebrando el gol y los pitos de los pocos carros que pasan por la avenida. En otro cuarto alguien celebra dándole golpes a la cabecera de la cama. La Flaca no escucha nada. Su juego es chupármela hasta llevarme al extremo. Hasta que yo no pueda más. Y ahí paramos y volvemos a comenzar. La Flaca es la mujer que siempre quise tener, con la que siempre quise salir y tirar. Me emputa no saber nada de ella, que no cuente lo que hace cuando

no estamos juntos Pero cada vez que la veo desnuda, su espalda larga, su cintura estrecha, imagino que es una de las tantas mujeres que uno ve a las cinco, cuando el bus del laboratorio nos deja cerca de Unicentro, frente a la Universidad del Valle. Una de las tantas mujeres de caras iguales, suaves, huesudas, dulces y entradoras, que siempre miran cuando uno les pasa por el lado, que siempre esperan que uno les diga algo. De eso me acuerdo cuando beso su espalda, sus vértebras y le bajo hasta el culo. El sabor, el olor, que no es ni dulce ni amargo, ni espeso ni suave, que no es agua ni flujo, que debería darme asco o pudor, y lo que me da es unas ganas de quedarme ahí para siempre. Cuando le fluye un agua casi invisible, me aprieta las orejas y lanza un ahogado, ahhhhhgggggggggggggg. Después se queda quieta, acariciándome el pelo. Ya está del otro lado. Ya está vencida. Ya no va a seguir hablando. Ahora solo espera lo que hagamos. Ahora voy a poder ver el partido. Se monta encima. Le cojo los dos limones de sus tetas, la cuadro para que la pantalla del televisor quede a un lado, para que pueda ver cómo Falcioni les saca la chispa a jugadores e hinchas de Nacional. Cada vez que la pelota llega a sus manos, hace un *show*, la toma, la abraza, la besa, la hace rodar, vuelve y la coge, da órdenes, pelea con el rival que lo viene a acosar, Alexis García o el Aristizábal. Argentino, argentino, hijueputa, le gritan cincuenta mil paisas. Falcioni, el mismo que le pegaba puños en el suelo a Funes en la final de la Copa Libertadores, el mismo que le decía, si nos hacés un gol, no salís vivo de Cali. La Flaca comienza suave, como si estuviera descansando de su primera enloquecida. Su cintura no se mueve en círculos como las negras, sino de frente. Falcioni detiene un disparo de Aristizábal y le muestra el balón a la tribuna. Las negras hacen el amor, las blancas el esfuerzo, dicen los manes del laboratorio. Cuando

salgo con negras es así. Mueven su cintura en círculos, como locas, como una licuadora. Uno tiene que ser un semental, un puto, para aguantarles ese ritmo endemoniado. La Flaca no; se mueve de frente y así va acelerando. Expulsan a Pimentel, el cabrón, el bocón, por pegar, por alegar, y encima, el cabrón en vez de salir de frente por el túnel, le da la vuelta a la cancha por oriental, provocando a la gente, esperando que le lancen monedas o una botella para hacerse el mártir, para que suspendan el partido y América quede campeón por anticipado. Los paisas no lo putean; lo chiflan, cincuenta mil chiflidos a la vez. Y él les señala el escudo del diablo en su pecho y su número en la espalda. La Flaca otra vez desbocada, ya no se mueve de frente sino que salta, yo le cojo las nalgas, se las aprieto y no se las suelto. Ella salta hasta ahogarse en otro ahgggggg más largo y sostenido. Es indescriptible lo que siente. Si después, cuando estamos quietos en la cama se lo pregunto, me dice que es la vaina más rara del mundo o que eso no se pregunta. La Flaca descansa sobre mí. Todavía sacude levemente su chochito y tose. Nos besamos. Estamos empapados en sudor. Quisiera volverme loco como ella. Pero espero a ver qué pasa con un tiro libre que va a cobrar Higuita. Ya ha hecho goles desde ahí. Falcioni se demora una eternidad haciendo la barrera. No se para en la raya sino un paso adelante. En el centro. Y ahí espera. Los paisas esperan una genialidad de Higuita, su ídolo. El Patrón también, que lo salve. Higuita le pega a la pelota suave, pero con chanfle, por encima de la barrera. Falcioni se lanza al ángulo y con la punta de los dedos manda ese balón hacia el córner. Comeme, comeme, me susurra la Flaca, que otra vez está a punto de volverse loca, sobre mí. Ahora la siento toda, su sudor, sus latidos, su ombligo, su vientre, su chocho, sus caderas. Un nuevo ahgggggg, larguísimo que termina en las únicas palabras

guarras que me dice cuando estamos tirando. Termina el partido. América campeón. Falcioni levanta las manos. Gareca se arrodilla en el centro del campo. En la vecindad suenan bocinas de carros, gritos y pólvora. Los fantasmas de Cali vuelven a aparecer, se hacen hinchas, se lanzan a las calles. El Patrón debe de estar apretando los dientes, lanzando con sus ojos la orden a uno de sus lavaperros. Ese árbitro se muere porque se muere. No hoy, ni mañana, para no hacer ruido, pero se muere. La Flaca es la única que no escucha nada. Me aprieta con todas sus fuerzas, se mueve hacia adelante y hacia atrás, me besa, llora, aaaaaaaaahhhhhhhhhggggg. Otra vez. Parece ahogarse, toser. Con una mano le acaricio las nalgas empapadas. Cojo el control remoto del televisor y vuelvo a cambiar de canal.





Manifiesto
enviado
por Internet

SOMOS POCOS. NO MÁS DE DIEZ. NO OPERAMOS COMO UNA BARRA, sino como una logia. Si parecemos muchos, es porque hacemos ruido en Internet y nuestras amenazas las diseñamos a punta de consignas xenófobas, de colores nazistas y de esvásticas. Nadie nos ha visto con un trapo, con una bandera, ni siquiera con una bufanda del club. Somos todo lo contrario de esos atorrantes que se la pasan con la camiseta desde que se levantan hasta que se acuestan por todo el Distrito Capital. No nos vemos sino después de los partidos, cuando llega el momento de la acción. Lo demás, la planeación del siguiente golpe, la hacemos a través de las redes sociales.

El fútbol no es nuestra vida, ni siquiera nuestra razón de ser. Es solo un medio para cumplir con apetitos más oscuros. Los estadios no son nuestros campos de acción, sino de observación. La primera condición para ser admitido en esta logia es ser hincha del club. Sin embargo, la segunda es la más importante: haber nacido en el Distrito Capital. Simplemente, todo aquel que no es de aquí, puede considerarse como nuestro enemigo potencial. No nos creemos país, ni nación, ni patria. Para nosotros solo existe este inmenso y caótico D.C. La región más podrida del aire.

A todo el que entra a nuestra logia le hacemos jurar en un rito de iniciación teniendo como fondo la proyección de películas consideradas

obras maestras –*La naranja mecánica*, *El club de la pelea*–. Aquí no entran analfabetos o iletrados, no queremos giles que no manejen unas competencias literarias y audiovisuales avanzadas, porque son los libros y las películas las que le dan el tono o el estilo a lo que hacemos.

No hay un líder. Todos somos profetas, ideólogos, estrategas y, por encima de todo, soldados. Somos como células autónomas, invisibles e indivisibles. Cada uno tiene derecho a opinar, a proponer o a comandar operativos. Solo cumplimos un principio básico. Aquí nadie se queda sin apretar el gatillo. Aquí nadie se escuda en la tribu o en la jerarquía para volver a casa con las manos limpias.

Los fundadores nos conocimos en el estadio. Nos juntamos para mantenernos alejados de los saltarines, de los vociferantes. Buscábamos la acción verdadera y no los tropeles baratos con la policía o los cuchillazos entre pandillas. No saltamos, no cantamos. Odiamos la música. Solo nos alegra el gol. Lo gritamos como fanáticos y juntamos nuestras cabezas, sin darnos golpes, para no asustar a los espectadores.

No somos unos arrastrados ni atorrantes, no andamos como chirrosos retacando a todo el mundo por plata para entrar al estadio. No metemos drogas, solo las cervezas necesarias para relajarnos después de cada golpe.

Estamos lejos de andar como esos pinches marihuanos gamberros de las barras que se la pasan armando jaleo por todo el Distrito. Todo lo contrario, trabajamos en multinacionales, en programación de computadores y diseño de páginas web.

No nos damos de lengua con nadie en la calle, ni en el estadio, ni en ningún lado. Todo lo hacemos por Internet. Agitamos los partidos importantes una semana antes. Infestamos de virus los portales de las barras enemigas. Quien los intente abrir, se encuentra

con un diseño parecido, pero totalmente perrata e insultante. Enviamos mensajes como este a las emisoras, los periódicos y los canales de televisión. Nos tomamos los foros y los chats, en donde terminan suponiendo que somos los que no somos. Amenazamos con caerles a la salida del partido y quemarles todos sus sucios trapos de mierda.

Por Internet nos responden que nos esperan, que donde queramos, que nuestro Distrito Capital no es más que la cloaca más grande del planeta, el peor vividero del mundo, sucio, lluvioso, grisáceo y maloliente. Se cagan en el club que nos dio la fe. Quedan convencidos de que los vamos a encarar, pero nosotros no hacemos nada de frente. En el estadio ni se dan cuenta de que existimos.

Nuestra forma de actuar es sencilla. Operamos en los partidos que se juegan de noche, lejos de donde vivimos, más allá de Unicentro y de los centros comerciales del norte. Esperamos a que salgan las barras, la local y la visitante. Dejamos que se armen los tropes por la calle 57 o la carrera 30. Estamos al acecho. Si ganamos, tenemos toda la alegría para salir de cacería con más lucidez. Si perdemos, peor para la víctima. Le vamos con toda la ira de la frustración.

Nos movemos en una camioneta cuatro por cuatro de vidrios polarizados y buscamos calles despobladas por uno de esos barrios abiertos de los que se puede salir fácil a una avenida, la Boyacá o las Américas, y que todavía tenga potreros o baldíos. Esperamos a que pasen las galladas y los parches de regreso a sus calles polvorientas y sus unidades residenciales. Cuando pasa el último articulado de Transmilenio, sabemos que el momento se acerca. Siempre hay un idiota que se queda solo y le da por boletearse con la camiseta enemiga. Mientras más ñeros, negros, chandas, cholos o rastafaris, mejor. Esa es nuestra presa. Le acercamos la camioneta, lo insultamos

y correteamos. Si es muy machito y bocón y le da por revirar, pues mejor, porque nos bajamos y lo cogemos a batazos, haciendo de ello una ceremonia a lo *Naranja Mecánica*. No somos desquiciados ni psicópatas, no nos regodeamos en la violencia; de los golpes y la humillación, pasamos rápido a lo que nos importa. Le quitamos la camiseta porque sabemos que eso es lo que más lo rebota; la escupimos, le orinamos encima, y alguien, yo, muchas veces, se le acerca y le da el tiro de gracia.

Subimos a la camioneta. Cogemos la autopista a más de cien por hora. Pedimos cervezas en una estación de gasolina, comentamos el partido y nos ponemos la cita para el próximo. Hasta entonces no nos volvemos a ver. Todo por Internet.

Al otro día enciendo el televisor. El primer noticiero de la mañana. Hablan de disturbios a la salida del estadio, de enfrentamientos y pedreas entre las barras bravas, pero nada del muerto del potrero. Me baño y salgo para la oficina. Cuando el trabajo me da tiempo, actualizo la web, diseño la amenaza para el próximo partido y me río leyendo los insultos que nos lanzan los de las otras barras en el chat. No son más que bocones cibernéticos. No saben con quién se están metiendo.

Estamos pensando en salir del anonimato. Nos está entrando de alguna forma la locura. Lo que le proponemos es sencillo. Acompañenos a un operativo. Nos ponemos de acuerdo y lo recogemos donde usted quiera, pero eso sí, aplicando unas reglas de seguridad básicas para proteger nuestra identidad. Y al otro día usted pasa el video en el noticiero y lo sube a la red. Para que todos sepan quién es quién y que somos locales otra vez.





1978

TE DESPIERTAS SABIENDO QUE POR FIN EL DÍA HA LLEGADO. DIGO te despiertas, pero debería más bien decir, te levantas de la cama, porque apenas si has podido dormir. Las horas se te han ido imaginando quién va a hacer el primer gol; si va a ser un cabezazo, un tiro libre, o un balón que alguien rescata al borde del área. Sin quererlo, también has imaginado catástrofes, temores de perder el título que reaparecen a cada instante sin que nadie los llame. Pesadillas insidiosas que tratas de ahuyentar, imaginando qué sentirás en el momento preciso en que el árbitro levante las manos y señale el centro del campo. Saltarás como loco en la tribuna, te abrazarás con desconocidos, te apretarán contra la malla, saltarás la barrera policial y te meterás en la cancha. No lo sabes. Pensarás en la vieja que estará escuchando el partido o en tu viejo que odia el fútbol pero que te regaló la camiseta. Creerás que tienes novia, que está a tu lado, que te abraza, y luego dará contigo la vuelta olímpica y te acompañará a la caravana triunfal por toda la Séptima. O sabrás que 1978 es un año para llevar en la memoria. Un año en el que te estrellaste contra el mundo, en el que acabaste de darte cuenta de que no vivías en Disneylandia y que tu familia no era la familia Ingalls. El año de los goles de Kempes en el mundial. El de los pajazos. De enamorarse de mujeres que no existen, de actrices que ves en

las películas, María Schneider, Nastassja Kinski, Diane Keaton, Ángela Molina. De mirar pasar a las vecinas sin decirles nada, pero queriendo comérselas a todas, de escribir ridículos poemas en clase a las compañeras de los cursos superiores, o del nocturno, las que según tus compinches, ya han comido de sal y ya saben por dónde. 1978. La vida se llena de cosas que no entiendes. ¿Qué putas quiere decir esto?, te preguntas a cada momento. Y para completar, Millos se la pasa todo el año en los últimos lugares de la tabla y al final entra de chepa a los cuadrangulares y de ahí en adelante todo empieza a marchar. El domingo pasado has escuchado en la radio el partido que jugó contra el Deportivo Cali en el Pascual Guerrero. Jugar en Cali siempre ha sido un infierno. ¿Qué puede imaginar uno cuando tiene que enfrentar al subcampeón de la Copa Libertadores de América en su estadio? Repasas la alineación y te quedas mudo. Qué banda tienen, y la dirige Carlos Salvador Bilardo; sus equipos son impenetrables, desquiciantes, traicioneros, acribillan en el momento menos pensado. Te pones a escuchar el partido sabiendo que es un acto absurdo, que el único sentido que tiene es saber en qué momento el Cali va a anotar el primero, y lo anota, antes del final del primer tiempo, y los locutores caleños se orinan de la felicidad y al fondo se escucha un solo grito, Cali, Cali, Cali. ¿Qué esperar del segundo tiempo? El segundo o el tercer gol. Ya te imaginas lo que es salir a la calle después del partido, todos en la cuadra jodiendo porque el Cali nos sacó de la carrera por el título. No saldrás a la calle, no lo soportas, así pasó en el 77. Faltaban veinte minutos para terminar el partido. Millos era campeón con solo empatar. Si perdía y Nacional ganaba en Medellín, adiós estrella. Se jugaba en Armenia, en una cancha que no era más que un potrero alambrado; un mediocampista lanzó un balonazo lento y

rastrero desde la media cancha; Biasutto, quién sabe en qué estaba pensado ese arquero argentino come churrascos de mierda, se lanzó como en cámara lenta y el balón le pasó por debajo del cuerpo. Lenta y perezosa, dando salticos, la pelota tocó la red. Era suficiente para condenarte a otro año de infelicidad, burlas en el colegio y humillaciones en la calle. Lloraste como si se te hubiera muerto la vieja. O peor. No saliste a la calle en una semana. Si este año vuelve a pasar, te encerrarás, enzorrado y triste. No querrás escuchar más la radio y no vas a acercarte por la noche al televisor Inelec de 19 pulgadas, en blanco y negro, a ver los goles de la derrota mientras tu viejo te mira con una sonrisa burlona en la comisura de los labios, a él que no le gusta el fútbol por eso, porque siempre terminas con la cara de zorro amargado. Te lo imaginas, y no sucede nada de eso. Una vez más todo lo que te imaginas no se vuelve realidad, sino solo películas que armas en tu cabeza. A los cuarenta minutos del segundo tiempo, Wellington se roba un balón en el medio, pase al área y aparece Jaime Morón, sus largas piernas delgadas, su afro de pescador. Zape se queda quieto, el estadio mudo, Bilardo putea al mundo, y recuerda la pesadilla de la Bombonera. Los locutores calleños no lo quieren aceptar. Dicen que Wellington estaba en fuera de lugar. Es una injusticia o un robo contra el mejor equipo del mundo. A cinco minutos del final, Cali lo ha perdido todo. Es 1978. Si no ganaba no peleaba el título. Millos con solo empatar frente a Santa Fe será campeón. Darles la vuelta en su cara; salir y refregarles los trapos, putear los años perdidos, putear al país que se bufaba de Millos. Ponerle la camiseta a la estatua de Bolívar, el Libertador, y a la de Gonzalo Jiménez de Quesada, el Fundador. Esa tarde sales a la calle, les muestras la cara a todos en la cuadra, como diciendo, cuál era la joda. Y a partir de ese momento no paras de imaginar lo

que será ese miércoles y de pensar en cómo vas a conseguir lo de la boleta. Sabes que tu madre guarda plata entre tarros viejos de galletas salinas. No le vas a pedir a tu viejo, porque te la va a negar. No te va a dar plata para ir de fútbol, y menos de noche, y menos un clásico, y menos contra Santa Fe. Él siempre está pensando en que algún día te va a pasar algo por ser tan hincha, y por eso odia el fútbol, porque no quiere perderte por una pelota, por once pelotudos, por una camiseta. No se lo vas a pedir a tu vieja porque ella te dirá que esa plata es para el masato y los tamales de la noche de Navidad. Tus hermanas te ayudarán con algo. Pero no es suficiente. El lunes escuchas en la radio. Las boletas estarán a la venta el martes a las ocho de la mañana en las taquillas del estadio. Todo listo. La ocasión hace al ladrón. Te levantas a las cinco de la mañana. Cogerla durmiendo. Buscas el tarro viejo de galletas Saltinas Noel que ella siempre esconde detrás de otros frascos en la alacena, donde encaleta la plata que va ahorrando de lo que le dejan para el diario. Lo dejas casi vacío. Te justificas. Qué otra felicidad puedes tener en el mundo que ver salir campeón a Millos, jugando contra Santa Fe en El Campín, el rival odiado con el que siempre se juegan esos clásicos llenos de supersticiones, bueno, *clásico* es una palabra demasiado amplia para esos enfrentamientos entre un grande con once títulos y un chico con seis, pero es que la única misión en la vida, lo único que justifica la existencia de Santa Fe es joder a Millos cuando va adelante, empatarle en el último minuto, y nada más, por eso qué bueno que suceda, que puedas vivir en la cancha la confirmación de la paternidad responsable, cuando lo único rojo que se va a ver en la cancha son los once jugadores contrarios y los suplentes, de resto, todo azul. La única felicidad que vas a tener en el mundo es ver por fin la vuelta olímpica, la copa en lo alto de las manos

extendidas de Willington Ortiz. No importa que el mundo se te venga encima, que la desesperación te esté matando, porque no entiendes a esta edad en que deseas todo y no tienes nada, en que sueñas con ser un héroe y terminas siendo un mediocre, con dientes picados y barros reventando en la cara. Incapaz de hablarles a las mujeres, de conseguir novia o una zunga que te desvirgue, y las noches se te van en pajazos con tus actrices favoritas. Si no hay billete para nada y te mueres de las ganas por tener de todo. No importa. Te justificas. Aunque sabes que la vieja se va a emputar, que va a poner su cara de María Félix iracunda, pero no te va a decir nada. Nunca te dice nada. Se da cuenta y no dice nada. No importa, llevas la imagen de su cara en la cabeza, ya no te la vas a poder sacar, la cara de María Félix, si María Félix no hubiera sido la famosa actriz que fue, sino una modesta ama de casa, pobre toda la vida, lavando, planchando y cocinando. Pasas por encima de eso. Madrugas a comprar la boleta entre bolillazos de la ley y chorros de agua fría de los bomberos. Haces la cola durante horas escuchando los temores de los escépticos y los vaticinios de los esperanzados, todas sus angustias, los fantasmas de la derrota, del fracaso, de la vuelta olímpica frustrada, de las cagadas históricas de los jugadores, campeonatos que se han perdido por estupideces de arqueros o en jugadas inminentes de gol que los delanteros estrellaban contra el travesaño o por combinaciones de marcadores que nadie se hubiera atrevido a pronosticar. Quieres que se callen, esos cuchos, que no sigan hablando bobadas. Esta es otra historia. Es 1978. Pero sabes que por tu cabeza pasa lo mismo, el mismo culillo de que todo se derrumbe. Solo lo has visto campeón en fotografías o en películas viejas que pasaban los noticieros o escuchando por radio partidos de los que ya no te acuerdas. Te pones a pensar y es como si nunca

lo hubieras visto campeón, por no haberlo visto campeón en la cancha. De niño fue tres veces, pero no recuerdas nada. Como no recuerdas nada anterior a Pelé o a Kempes. Antes de los seis años parece que no eras nada, que no hubieras vivido. Tu vida, la memoria de tu vida, la conciencia de tu vida, el primer recuerdo que tienes de ti mismo, es de la tarde que viste por primera vez un partido en televisión, Brasil le ganó cuatro goles a dos a Perú. Antes de Pelé, el vacío y la nada. Como si tú hubieras nacido del televisor, como si hubieras venido a la casa en su caja o entre sus tubos. Apenas en ese momento empieza el mundo para ti. El mundo de las imágenes, de las palabras, de las narraciones. En el 75 las esperanzas se te atragantaron dos fechas antes del final del hexagonal. Otra vez un disparo a treinta metros del arco, un trallazo que se clavó en la esquina adonde no llegan los manos de los porteros. Santa Fe dio la vuelta olímpica dos semanas después, en Barranquilla, y que cuando el equipo llegó al aeropuerto, su felicidad no les dio ni para una caravana detrás del carro de bomberos del Distrito. Compras altas norte y guardas la boleta en la cartera entre la cédula y la libreta militar. Te pasas la tarde y la noche del martes escuchando todos los programas deportivos, de Todelar, de Caracol y RCN. Hacen un recuento de los títulos pasados. Repiten las narraciones de los goles de esa campaña. Esperas el momento de escuchar a Hernán Peláez, el único comentarista al que le crees. Millos tiene todo para ganar, dice. Depende de sí mismo. Ya está. Te acuestas y no duermes. Imaginas atajadas, yerros garrafales, penales que el árbitro no ve, jugadas de gol mal anuladas, y de nuevo, la cara de María Félix, infeliz, la sonrisa de tu viejo al fondo de las comisuras de los labios, en la cuadra esperando que Millos la cague esa noche y no pueda dar la vuelta olímpica. Quieren verte regresar con el culo entre las piernas

y la cara llena de amargura. Te esperarán en la tienda de la esquina, cuando te bajes del bus de la derrota. Se te reirán en la cara y saldrás corriendo, porque no tienes güevas para darte golpes contra todos. No duermes. Te levantas mal, amargado por los presagios. Miras la primera página de *El Tiempo*, que tu viejo ha dejado en la mesa del comedor, una nota muy pequeña para el partido de esa noche. Todos en ese periódico son santafereños, y en la radio todos del Once Caldas, del Cali o de Nacional. No quieres desayunar frente a tu madre, pero es ella la que te hace el desayuno, te prepara un huevo, chocolate y te da un pan rollo. Te mira, ella sabe que le tumbaste la plata. No dice nada. Te dirá algo si la cagas por otra cosa, si llegas tarde, borracho o enmarihuano. Si es así, te sacará todas las cagadas en línea. Nada más. Por ahora su cara de María Félix no está brava, sino triste. Tu vieja siempre está triste por las mañanas, cuando le toca hacer desayunos, barrer, limpiar, lavar. Por la tarde se escapará unas horas a ver vitrinas y se le pasará algo la tristeza. No la besas al salir. Te da vergüenza. Te parece muy ruin besarla, sabiendo que la has tumbado. Sales de la casa para no volver más ese día. Tienes que estar en el estadio lo más temprano posible. En la radio han dicho que ya hay hinchas haciendo la fila. A las doce abren las puertas del estadio. Llevas la camiseta debajo de dos buzos gruesos, por lo que pueda pasar. No te gusta ir mostrándola por esas calles de casas amontonadas unas sobre otras, que siempre parecen a medio hacer. No te interesa presumir de barrista atorrate. Quieres sentirla pegada a la piel y que te proteja del frío de esa noche de diciembre. Pero en el bus no dejas de pensar en la vieja y en cómo su nariz se parece a la de María Félix, morena, delgada, huesudita, y en sus ojos poseídos por la furia. La misma cara de María Félix cuando se emputaba en las películas, solo que María

Félix era una estrella de cine y tu vieja solo estrenaba un vestido en Navidad o cuando un pariente se moría. Pero la cara era la misma, solo que la belleza de tu vieja había sido aplastada por la ira y la pobreza. La habías visto en fotos a los quince o veinte años; iguales, la misma belleza salvaje y retadora. A tu vieja solo le quedaba la furia. Y con esa furia te esperará esta noche. Pasas por encima de ella, de todo. A medida que te acercas al estadio, imaginas, ves la cancha, el único lugar en el mundo donde te sientes menos miserable, pero más solo: el único lugar en la ciudad capaz de convertirte en otro, pero un partido dura tan poco; dos horas, nada más, y después, largas y tediosas traspasadas esperando de nuevo ese momento. Quieres ya estar en el estadio, miras pasar las calles y las gradas grises del Nemesio Camacho no aparecen. El bus va lento. En cada esquina se suben más pasajeros que quedan colgando de las puertas. Imaginas en algún momento la lluvia de papelitos celestes y blancos cayendo del cielo a la cancha de El Campín, como la tarde de junio de ese año en que Argentina fue campeón mundial en el monumental de River Plate. Quieres que ya sean las ocho de la noche, ver el estadio lleno de globos, los cantos que recuerdan todos los títulos, los voladores estallando y toda la pólvora junta y los rollos de papel de las sumadoras de oficina que se desenrollan en el aire y caen a la pista atlética para anunciar que los once titulares corren hacia el centro de la cancha, que levantan las manos hacia todas las tribunas. El himno nacional cantado con ganas y nervio. El árbitro que da el pitazo inicial. No quieres. Por superstición no quieres, pero terminas imaginando el partido. Sabes que si imaginas no va a ser así. Pero pasa de todo por tu cabeza. La celebración, la vuelta olímpica, la caravana, los tropeles callejeros, la cara de tu vieja, el temor de tu viejo que te ve cayendo en una esquina en las

manos de las hinchas rivales. No lo quieres. Pero imaginas que Millos sale con todo, desde el primer minuto. Tito Onega pisa el balón en el centro, con dos giros de su cuerpo saca del camino a dos mediocampistas de Santa Fe. Levanta su calva cabeza de secretario de notaría y lanza pases al vacío, donde Willington –veloz, hábil, incansable, talentoso, regateador– llega hasta la raya final y centra, buscando a Irigoyen o a Morón. Ya va a llegar. Otra genialidad de Onega en la mitad, un túnel corto, que saca del camino a su marcador. Willington ya sabe lo que tiene que hacer. Llega hasta el borde del área, con el solo freno se saca al marcador de punta. Lanza un globito al centro del área. Irigoyen se levanta y clava el balón en el ángulo inferior derecho. Diez minutos del partido y ya Millos gana uno a cero. Y el equipo no para de atacar. Segovia se proyecta por la derecha, hace una pared con Ortiz, que se la toca a Onega, que en una fracción de segundo filtra ese balón al área, para que pase entre los dos defensas centrales que se quedan estáticos y estupefactos ante la veloz aparición de Morón, que solo tiene que tocarla suave, al palo derecho, donde el arquero ni se lanza. Veinte minutos y ya el estadio entero empieza a corear: “Y ya lo ven y ya lo ven, somos campeones otra vez”. Qué importa que falte casi todo el partido y que el rival se venga encima con su garra de siempre, apretando los dientes, lanzándose al piso, poniendo solo corazón y nada de fútbol. Luis Jerónimo detiene un balón imposible sobre la raya, pero en lugar de quedarse tirado, quemando tiempo sobre la grama, se levanta de inmediato y pateo un pase de cincuenta metros, al que solo puede llegar Jaime Morón, que corre solitario hacia el área y se la centra a Willington; apoteosis del deseo, éxtasis que solo se vive una vez en la vida, driblando al arquero y anotando el tres a cero. Ni en el sueño más disparatado podía existir tanta contundencia

junta. Ni en el más hermoso sueño, la felicidad podía estar tan cerca, ser tan rotunda e inquebrantable. De ahí en adelante la cuenta regresiva. Cuánto falta para que se acabe. Cuánto falta para que los demás se escondan entre las cobijas. Para que entierren sus cuentos sobre maldiciones y fatalidades. Las fogatas que se encienden en todas las tribunas, y, por fin, cincuenta mil gritos delirantes, las mallas viniéndose abajo y todo el mundo corriendo hacia la cancha... Imaginas. No te cansas de imaginar, pero de un momento a otro te das cuenta de algo absurdo. Que el tiempo no pasa. Que todo se ha detenido. Los relojes. El bus. Es como si el bus no fuera para ningún lado. Nadie se baja, todos los pasajeros siguen apretujados, durmiendo en las sillas o colgando de las puertas. Tienes la sensación horrible de que ya no hay partido. Que esa noche ya no habrá vuelta olímpica. Quieres salir de ese bus, pero no puedes. Nadie se mueve. Todos los pasajeros te han bloqueado. No importa. Te paras, empujas a todos. Tratas de apartarlos, pero parecen bultos inmovibles. Pateas. Gritas. Maldices. Siempre habrá algo que te aparte de la felicidad. Y ahí te quedas. Para siempre. Sin. Hasta que te despiertas de nuevo. Digo te despiertas, pero debería más bien decir, te levantas, sabiendo que el día por fin ha llegado.



El Reverendo

EN EL SUEÑO APARECE: LA CALLE; AMPLIA Y ANCHA; SOLITARIA. En el sueño no hay nadie. Pero el que sueña sabe que esa calle fue el comienzo de todo. Antes de esa calle no existió vida. Todos nacieron allí. El mundo comenzó allí. El fútbol. En el sueño, siempre es de noche y la calle está desolada. No hay viento, no hay luna. No hay espectros. El que sueña, la sueña siempre desolada. Cuando despierta, en lo primero que piensa es en llenar esa calle de fantasmas, para el próximo sueño. Pero el sueño siempre es el mismo.

Hay otro que sueña con una foto donde están todos. Hay otro que sueña con los que están muertos. Y otro que simplemente recuerda. Y escribe en presente, porque piensa que así se conjura el pasado, que así cobra vida la fotografía y la calle se llena de goles y gritos.

Para el que sueña, para el que recuerda, para el que escribe, para los fantasmas conjurados del pasado; para todos hay también una pesadilla. Esa pesadilla se llama: el Reverendo.

Un camión de trasteos y detrás un *jeep* azul. Atraviesan la cancha. La ancha calle rodeada por las casas donde vivimos. Se detienen frente a la casa de los Montaño, una familia de ancianos, sin hijos que jueguen en la calle.

El hombre. El Reverendo. La pesadilla. El final de todo. Se baja del *jeep* y nos mira, uno por uno, para que cada cual reciba su ración de odio.

Nadie dice nada. Nadie puede sostener esa mirada. Seguimos jugando, en lo que hasta ese día ha sido nuestra calle: ancha y ciega, porque allí acaba el barrio, la ciudad. Campo de fútbol rodeado por nuestras casas, inexpugnable, como un territorio que creímos por siempre conquistado. La calle. Allí hemos crecido. Allí nos juntamos desde siempre. La última de las calles de un barrio de casas en obra gris. Más allá de esa calle, un potrero inmenso que llega hasta la lejana autopista.

La calle ancha y ciega en la que seguimos jugando. El juego. Las mañanas de los domingos; el sol, los aguaceros repentinos; los partidos interminables que solo acaban el cansancio o una tormenta. Y ahora el Reverendo.

El brillo escuálido de esa mirada. El despiadado destello azul. La costumbre de hacerse sentir donde llega, de ser temido. Alto y rubio, con la cara quemada por el sol de los pueblos del Magdalena Medio. Vestido como un vaquero, con la camisa a cuadros de manga corta, pantalones de dril y botas. Moviéndose con lentitud calculada, mirando hacia todas partes.

—Era sacerdote en San Vicente de Chucurí, en Santander.

—En plena zona guerrillera.

—Y de autodefensas, y de paracos.

—¿Entonces qué hace aquí?

—De vacaciones.

—No. Qué va.

—Lo mandaron a pasar una temporada lejos del frente de guerra. Parece que se puso muy caliente la escena.

—Es un cura tropero. Dicen que sacó corriendo a los guerrilleros de San Vicente de Chucurí. Que ayudó al ejército a limpiar el pueblo de paracos y elenos. Que él mismo les daba plomo. Que no le gustan los melencidos y los que meten droga.

–Pilas, Germancho, Japonés y Ómar.

–No le gustan los que hablan, los que reviran, los que protestan o provocan.

–Pilas Mauro y los Espínola.

–No le gusta que juguemos en la calle. Que nos quedemos a hablar mierda hasta tarde en el andén.

–Pilas todos.

–La calle no es suya.

–Eso es lo malo.

–No le vamos a dar el gusto.

–Leyendas. Como es cura se los come a carreta desde el púlpito. Más bien colguemos y a las diez nos vemos en la calle.

–Lo sacaron de ese pueblo antes de que lo mataran.

–Lo nombraron ayudante del cura del barrio. Lo han visto recogiendo la limosna y ayudando a dar la hostia.

–¿Cómo es posible que un cura?

–¿Por qué no es posible? Así como Camilo Torres se fue al monte con la guerrilla, este se volvió paraco. Los curas son seres humanos. Por eso no hay que comerles.

–Los curas predicán, pero no aplican. Es capaz de darse con nosotros en la jeta.

–A las diez en la calle. A morir con los tenis puestos.

La lluvia. El aguacero de mediodía. Una forma delirante de felicidad. El balón apenas se mueve entre los charcos, salpicando a todos. La lucha cuerpo a cuerpo. Se reparten patadas en los tobillos, hasta ganarle la bola al agua, al contrario, al torbellino de piernas. Ya no es fútbol. Un combate gozoso. El que no da patadas, se ríe o grita. Los arqueros le sacan el cuerpo a los taponazos, para esquivar ese balón pesado, enfangado y sucio, que golpea como un látigo

húmedo. El marcador es inverosímil, como de baloncesto o voleibol. Cuando deja de llover ya nadie puede recomponer el fútbol. Seguimos simplemente recochando, atropellándonos, llevando la bola de un lado a otro en un frenesí histérico.

El jeep. Latas azules y carpa gris. Aparece en la esquina. Atraviesa la cancha. Sin pitar, sin avisarle a nadie. Como si hubiera llegado el dueño de la vía con sus vigilantes. El Reverendo. La ceremonia está por comenzar. La liturgia del odio. El balón sucio y mojado cae a sus pies. Le arroja su mirada. No lo toca. Le tiene asco.

—Desde este momento y mientras yo viva aquí, no se vuelve a jugar pelota en esta calle.

Está claro. Declaración de guerra. Sin que le hubiéramos roto un vidrio o quebrado las rosas de su jardín con un pelotazo.

—Para eso hay parques. Los parques son para jugar. Las calles para transitar.

Eso lo sabemos. Si hay vecinos a los que no les gusta que juguemos frente a sus casas, no pasan de devolvernos con rabia el balón, nada más. Todo lo contrario. Los domingos en la mañana sacan sus butacas al andén. Lavan sus casas por dentro y por fuera mientras nos ven jugar.

El juego: roto, desvertebrado: inconcluso. Nos han quitado las ganas de vivir. Nos han dañado la alegría del domingo. La calle: dura y rara, para siempre.

Moncho cobra un tiro de esquina y Ze María se levanta a cabecear. El balón sale desviado. Martín va a buscarla a la profundo de la calle. El jeep azul a punto de destriparla. Frenada en seco y todos los vecinos se asoman a las ventanas o a las puertas de las casas. Nos quedamos quietos, esperando lo peor. Martín se hace a un lado para que el jeep pase. El Reverendo abre la reja del garaje y entra

el jeep, haciendo resonar las llantas. Nos miramos. Domingo roto.

–¿Le vamos a comer a ese cura?

–Sigamos jugando.

–Él no es el dueño de la calle.

–Ni es autoridad.

–¿Qué irá a hacer?

–Va a sacar un fierro y nos va a amenazar.

–Tiene una escopeta guardada. Va a echar disparos al aire.

–No le comamos, sigamos jugando.

–Usted es el primero que sale corriendo. No diga nada.

–Quiero ver quién se le mide a ese cura.

–Todos, parémosle el macho todos.

–Es capaz de cualquier cosa. No es sino mirarle los ojos. Esos ojos han visto pasar al infierno a muchos.

–El man no es de los que solo ayudaba a hacer listas negras o delataba. Dicen que iba casa por casa, con el galil al hombro.

–Si sacó corriendo a la guerrilla de San Vicente de Chucurí, es un duro. Esos manes llevaban años manejando ese pueblo.

Nos miramos. Ya no somos culicagados. Ya no nos da miedo el castigo de nuestros padres. Pero es un cura. En alguna forma inexplicable, palabras como blasfemia y excomuniación pasan por nuestra mente y nos producen leves escalofríos. Castigo divino.

–Sí. Es un cura.

–El enviado de Dios.

–El sanador de las almas.

–Sí. Pero hay curas corruptos y violadores.

–Hay curas malos, torcidos, capaces de cualquier cosa.

–Su mirada escuálida lo dice todo.

Así que seguimos jugando. Una o dos veces la pelota sale por la

banda, disparada hacia la reja de la casa de los Montaño. Vemos sus ojos azules asomados a una de las ventanas, pero nada más. Está esperando su momento. Está dejando que la furia se le suba por completo a la cabeza. El gordo Rodríguez, defensa lento y chambón, rechaza una pelota como un jonrón de béisbol. Directo a la reja. Golpe duro, que la hace “cimbronear”. Los ojos azules no se asoman por la ventana. Berna hace un golazo de zurda. Se mete en diagonal. Saca a toda nuestra defensa y se la puntea de túnel a Raúl. Sale gritando como un loco, pero se estrella con una patrulla de la policía. Salimos corriendo y nos metemos en las casas. Solo quedan el zurdo, Mauricio y Germancho, los Espínola en pleno. Uno de los policías coge a bolillazos los arcos, los quiebra y los aplasta en el suelo.

–Me suspenden ya este jueguito, están atentando contra la tranquilidad pública y obstaculizando el libre tránsito de las personas.

–Cómo así que atentando contra la tranquilidad si los vecinos se están divirtiendo. No es posible, el único que jode es ese cura.

–O suspenden la recochita o los llevamos al CAI.

–Eso sí que no. Ese es abuso de autoridad, señor agente, mire cómo volvió los arcos. (Señor agente, cuando tenían ganas de decirle, más bien, tombo hijueputa, vaya a comer mierda).

–Entonces paren.

–No hay derecho. La calle es libre.

–Puede ser libre, pero se han quejado de que ustedes quebrantan la tranquilidad pública.

–¿Pero quién?

Estaba en la ventana, los ojos azules, como relámpagos. Su camisa a cuadros.

–Así que esto se acabó. Si volvemos a pasar, nos los cargamos a todos. Incluidos los que se escondieron en las casas.

Una semana después. Otra vez. Domingo roto. La patrulla. Los tombos arrechos, abanicando sus bolillos, amenazando y desafiando. Y no hay nada que se odie más que la autoridad atrabiliaria. Nada que despierte más la ira y las ganas de darles en la jeta. A nadie le da miedo la policía. Al cura no se le toca. Ni se le mira. Un tombo se manda sobre un arco, le caemos encima y a punta de patadas se lo quitamos. Corren detrás de nosotros con un trotecito ridículo de película cómica, con una mano agarrándose la gorra para que no se la lleve el viento. No les queda otra que llevarnos a la estación, golpearnos, agarrarnos a bolillo, aplastar los arcos con las llantas de la patrulla.

La patrulla, la refriega. Los arcos rotos. El balón destripado. Los ojos escuálidos en la ventana. El miedo a la ira divina. Sin decirnos nada. El hombre gana. El Reverendo. Su leyenda de paraco pudo más que veinte policías. Nos quitó las ganas de seguir jugando, peleando por nuestro pedazo de felicidad dominguera.

Cada vez somos menos los que nos juntamos después de desayunar. Los partidos son insulsos. El fútbol es una parodia del miedo. Jugamos con rabia y tedio. Sabiendo que en cualquier momento los ojos, la patrulla, el jeep azul. Los domingos se convierten en algo raro, rabioso, vindicativo. Nos despertamos con la furia contenida e impotente. Ya no hay juego.

No hay final. El Reverendo simplemente se impone. Quiere un duelo. Nadie le sale. Se para en medio de la calle, de la cancha, del territorio de nuestra felicidad. Desafiante. Los ojos azules clavándose en nuestros rostros con una furia estudiada, trabajada domingo a domingo. La cacha de un revólver en la cintura. Un ademán de vaquero antes del duelo y deja en claro qué puede pasar. No nos apunta. No es necesario. La expresión despiadada de los ojos azules. Nadie quiere ser mártir. Morir para satisfacer la furia del

Reverendo. Cómo estamos cansados de jugar para una venganza irrealizable. Cómo nadie se atreve a desafiar la ira divina.

El hombre que recuerda no escribe más. El pasado se le evapora con las palabras.

La calle: desde siempre. La inmensa calle: nuestro campo de fútbol. El domingo: las ganas de que siempre fuera domingo y saliera el sol o que el aguacero de mediodía nos cogiera jugando. El Reverendo: parado en medio de la cancha, atravesando su jeep azul, prohibiendo el juego. La policía: dos tombos cogiendo a patadas los arcos, amenazando con levantarnos a bolillo.

El sueño. La calle, amplia y ancha; solitaria. En el sueño no hay nadie. No hay viento, no hay luna. No hay espectros. El que sueña, la sueña siempre desolada. Como en una pesadilla.





XI CONCURSO NACIONAL DE NOVELA Y CUENTO

“El volumen de cuentos ganador, *Tiro libre*, presenta un mosaico social de los últimos cuarenta años de la historia colombiana a través del fútbol. El tema de cada uno de los cuentos es el fútbol, pero estos van más allá para contar historias universales. Su unidad temática no impide un tratamiento diferente y original en cada historia. Los cuentos trascienden la épica del fútbol para mostrar grandes problemas sociales y, al mismo tiempo, el espacio íntimo. Su lenguaje es fresco, para nada ampuloso o solemne. El autor se permite el humor y también contar escenas duras y dramáticas, desde el marco de una pasión deportiva por momentos enfermiza y violenta, y por momentos familiar y entrañable”.

Extracto del acta de ganadores.

- ▶ PILAR QUINTANA
- ▶ CAMILO JIMÉNEZ
- ▶ PEDRO MAIRAL
- ▶ REINALDO SPITALETTA

Jurados del **XI Concurso Nacional de Novela y Cuento**
de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.



Tiro libre

Diego Mauricio Cortés Zabala, ganador cuento



CAMARA DE COMERCIO
DE MEDELLIN PARA ANTIOQUIA